

BN
962.44
D671es

FRANKLIN DOMINGUEZ



LA ESPERA

CIUDAD TRUJILLO
República Dominicana.

1959



FRANKLIN DOMINGUEZ, nació el 5 de junio de 1931, en Santiago de los Caballeros, República Dominicana. En 1949 se graduó en los cursos de arte dramático del Teatro-Escuela de Arte Nacional a cuyo grupo oficial ingresó en 1952. Con un grupo de jóvenes fundó el Cuadro Experimental de Comedias María Martínez, el 8 de diciembre de 1952, y el grupo La Comedia del Arte, el 18 de mayo de 1959. Se graduó de licenciado en Filosofía en 1963 y de doctor en Derecho en 1965, en la Universidad de Santo Domingo. En 1956 los gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica y de la República Dominicana le concedieron una beca para realizar estudios de Derecho Internacional y drama en la Universidad de Texas, en Austin. Allí hizo dos cursos de dramaturgia con el profesor E. P. Conkle y estrenó, en el Newman Club de dicha Universidad, dos de sus obras.

Desde 1953, Franklin Dominguez ha venido presentando regularmente sus obras. El Cuadro Experimental María Martínez ha presentado sus piezas "Alberto y Ercilia", "Tertulia de Fantasmas", "Extraño Juicio" y "Un Amigo Desconocido nos Aguarda". El Teatro Universitario estrenó su comedia "La Broma del Senador". La Comedia del Arte presentó su obra "La Farsa de los Campesinos Infieles". Ha editado cuatro de sus obras. Sus piezas "El Vuelo de la Paloma" y "La Niña que Quería ser Princesa" han sido premiadas en concursos literarios nacionales.

Otras obras suyas son "Exodo", "Cuando Juega el Amor", "Mi Esposa espera un Niño", "Dos en la Soledad", "El Punto Final", "Hombres y Relojes", "Habitación para Mujeres", "El Tercero Ausente", "El Caso Andrés Rivera", "El Hombre Frente al Espejo", "El Último Instante", "La Habitación 203", "Anacaona", libreto de ópera; "El Castillo de Arena" y "La Cena de las Solteronas", estas dos últimas sin título definitivo.

FRANKLIN DOMINGUEZ



*A la biblioteca
de la Presidencia*

Mayo 11, 1964

LA ESPERA

pieza en tres actos

*Estrenada por Le Theatre Royal
du Synnase, de Liège, Belgique
del 2 al 5 de mayo de 1964.*

Prólogo de

MANUEL VALLDEPERES

REGISTRO II

No. 5367

CIUDAD TRUJILLO
República Dominicana.

1959



17550
D-144



10 Enero - 1974

LIBRERIA
NACIONAL

1974

BN
862.44
D671e0

PROLOGO

10-1-74

Reg. No. 601071



Franklin Domínguez es un autor desconcertante cuyas obras van de lo cómico a lo dramático sin que lo externo de los personajes por él creados influya en la esencia de su teatro. Cómicos o dramáticos —cómicos o dramáticos en su estructura escénica—, los seres que pueblan el teatro de este joven escritor han sido arrancados de la vida, pero llevan el sello de lo personal o, por decirlo en términos más exactos, viven, con el lastre de sus problemas, en virtud del don creador de su autor.

Asegura Bergson que tan pronto como un personaje cómico inspira simpatía o interés, cesa el efecto externo de la comicidad. Eso es: cesa la risa. Nada más exacto, cuando del teatro se trata. Lo que sucede es que, muchas veces, un personaje cómico inspira simpatía por la angustia que hay en el fondo de su comicidad, sin que por eso aparezca el sentido dramático del personaje. En el teatro cómico de Franklin Domínguez —al igual que en su teatro dramático— prevalece siempre la entidad moral-hombre, que constituye el andamiaje humano de los personajes por él creados.

La creación de personajes escénicos es un proceso artístico. Un proceso de suma objetividad artística. Sin embargo, los personajes creados han de manifestarse de manera determinante, influidos por sus pasiones y sus egoísmos. De manera tan determinante, que estas pasiones y estos egoísmos —o su generosidad— han de ser la revela-

ción consciente de una manera específica y peculiar de estar en la vida, de dar sentido a la vida.

Franklin Domínguez ha hecho incursiones escénicas al través de las cuales nos ha presentado al hombre sumergido en su propia impotencia, luchando contra sus contradicciones con estrechez de conciencia, eso es, sin comprender, por haber desproporcionado los elementos pasionales, que la pasión le oscurece la razón. En las obras cuyos personajes ha concebido y estructurado así, se muestra resueltamente cómico, con una comicidad grotesca rayana en la sofisticación de lo estoico, que es el camino de la insensibilidad y de la conformación ante las propias adversidades. Pero de este su teatro inicial ha pasado Domínguez a un teatro en el que prevalece —cómico o dramático— la entidad moral-hombre, como base del andamiaje humano de sus obras.

Pero lo humano, en el teatro de Franklin Domínguez —y muy especialmente en “La Espera”— no es sinónimo de natural y corriente —de lo que informa nuestro diario acontecer—, sino de algo más elevado y más exacto. Lo humano en el verdadero sentido del término, significa el reino del instinto o, lo que es igual, aquello que, en la vida del hombre, está regido por el espíritu, aunque la naturaleza física venza o se imponga a la razón.

Desde este principio inmutable y serio del teatro ha sido concebida y estructurada escénicamente “La Espera”, obra en la cual los personajes no son expresión de tipos comunes, sino especímenes humanos. Cada uno de ellos representa una circunstancia vital, una situación humana junto al hombre y frente al hombre. El hecho de que se muevan en familia —o en la intimidad de una familia— obedece a la intención del autor de situar a cada quien en su ambiente, dentro de lo que podríamos considerar como una representación de la sociedad. La vida en común es lo que rige sus naturales impulsos.

Contemplar llanamente lo que sucede y lo que no sucede en "La Espera", analizar sus circunstancias vitales y la actitud reveladora de cada uno de los personajes que viven tales circunstancias con una visión unilateral sería tanto como obviar el sentido humano y simbólico de la obra, que es, por encima de todo, un mensaje, en cierto modo descarnado, al espíritu de nuestra época, poblada de angustiosas soledades.

La vida, en "La Espera", fluye, corre. Los seres humanos viven al influjo de sus pasiones, de sus egoísmos, de sus errores. No van hacia la comunidad porque los choques de conciencia se lo impiden. Magdalena destruye, con su egoísmo, sus propias posibilidades de vida. Y destruye la familia. Brígida, en cambio, tiene que rendirse ante la evidencia: el hombre no puede aislarse. Tarde se da cuenta de que su vida está condicionada a la vida de los demás y que no puede sacrificar a sus propios errores la vida del hijo, del inocente Daniel.)

Con "La Espera" nos presenta Franklin Domínguez una visión circunstanciada del estado de tensión en que vive la humanidad por culpa de sus propios desvíos. Magdalena es un símbolo de la falta de caridad —de la falta de comprensión humana— hacia nuestros semejantes. El egocentrismo de la época, situado en una mujer cuyo corazón está cegado por la razón, es la que nos hace intuir esta obra dramática, induciéndonos a creer, al través de las diversas maneras de estar en la vida, que los errores, las desviaciones de la línea cristiana, nos conducen al caos.)

El caos social es la desorientación que advertimos en Brígida, hasta que se ilumina su mente, y la confesión de culpa hecha —cada uno a su manera— por los que creyeron que eran justos sus egoísmos y humanas sus pasiones. El interrogante con que se cierra la obra, ese desconcertante "¿quién?" pronunciado por Catalina, es la señal de



que la vida continúa, más allá de los errores, de las pasiones y de los egoísmos del hombre.)

Domínguez arranca de la vida diaria sus despiadadas figuras y éstas hablan un lenguaje tan amargo como sincero, porque traduce, quizás inadvertidamente, la amargura —una amargura escéptica— de sus imprecisas existencias. Son seres que luchan contra su propia realidad, situados entre dos polos que se repelen: el espiritualismo y la fe en Dios que alienta su alma rebelde y la obstinación en desoir los reclamos de su conciencia. Entre estos dos polos están sus responsabilidades, sus abandonos y sus incertidumbres, hasta que advierten que la justicia no está en los hombres, sino en Dios, porque sólo él puede perdonarnos, puesto que sólo él puede conducirnos por la verdadera senda del amor.)

(El desdoblamiento de sentimientos que advertimos en casi todos los personajes de "La Espera", corresponde a una realidad profunda que los arrastra al pesimismo primero —al aislamiento y a la soledad—, y que después los ilumina de verdad cristiana. Es, en ellos, una revelación subconsciente por vías de la responsabilidad. Todos advierten, sin embargo, que les faltó el amor. Las últimas palabras de Magdalena son reveladoras de la tardía contrición: "¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?". ¿Podrá salvarse su alma pecadora? Sólo Dios lo sabe. La vida no se detiene, a pesar de todo.

Con "La Espera" nos ofrece Franklin Domínguez una de sus mejores obras y con ella hace una aportación de calidad a la escena dominicana, que se encuentra en pleno proceso de estructuración definitiva, gracias al impulso que ha dado al teatro, en la República Dominicana, el ilustre Padre de la Patria Nueva, Generalísimo y Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina.

Manuel VALLDEPERES

Ciudad Trujillo, septiembre de 1959.



LA ESPERA

brígida
catalina
orlando
arnaldo
romero
magdalena
daniel

ACTO PRIMERO

La escena representa un amplio salón de recibo. Algunos espejos en las paredes.

Al centro de la escena, al fondo, una escalera que conduce a las habitaciones en lo alto. A la derecha del actor, segundo plano, la puerta de entrada. A la izquierda, al fondo, un gran ventanal. En segundo plano, una puerta que conduce al interior. A su lado, colgada en la pared, una pequeña imagen de la Virgen debajo de la cual hay flores y algunas velas apagadas descansando en una repisa.

A la derecha, un sofá. A la izquierda, sobre una mesita, el teléfono. También hay varios sillones repartidos en la escena, pero uno, especialmente, junto a la ventana.

La acción se inicia en horas avanzadas de la tarde.

Al levantarse el telón, Brígida aparece junto a la escalera, mirando hacia lo alto. Catalina, su tía materna, la observa.

BRIGIDA:

¿Qué hace encerrado allá arriba?

CATALINA:

Espera a Romero. Me pidió avisarle cuando llegara.



BRIGIDA:

Debió marcharse en seguida. Hubiera sido mejor para todos.

CATALINA:

El debe haber pensado igual, pero no es fácil. No es fácil para nadie. Mientras conversaba con él hace un momento pude advertir su preocupación. Se comportaba serenamente, pero estaba abatido, cansado. Apenas me miraba a los ojos.

BRIGIDA:

Repetió sus razones para marcharse, ¿no? ¿Qué le retiene? ¿Su conciencia?

CATALINA:

Parecía haber sostenido una lucha consigo mismo, con sus pensamientos.

BRIGIDA:

A él no le importan sus pensamientos. Si pensara un poco en el pasado, reflexionaría mejor y comprendería a cuál lugar pertenece, quiénes merecen su cariño, a quién debe su porvenir.

(Suena el teléfono. Brígida se vuelve, lo mira con indiferencia, pero no se mueve. Catalina se acerca y contesta).

CATALINA:

¿Hola? Un momento. *(Tapando el receptor con sus manos)* Es Orlando otra vez.

BRIGIDA:

No quiero hablar con él.

CATALINA:

¡Brígida!

BRIGIDA:

No quiero hablar con él.

CATALINA (*nuevamente al teléfono*):

Lo siento, Orlando. Brígida no puede venir al teléfono ahora. Más tarde. (*Cuelga*) No debes comportarte así. Dentro de un mes será tu marido.

BRIGIDA (*con amargura*):

¡Mi marido! ¡Dentro de un mes! ¡Para toda la vida! ¿Es eso verdad? (*Se acerca a la imagen, toma una cerilla y enciende una de las pequeñas velas que hay debajo de ella*) Nos enseñan a amar a Dios, nos hablan de conducta y responsabilidad, y luego nos hacen dudar de que hayamos aprendido lo mejor para nuestra conciencia. (*Volviéndose a Catalina*) ¿Qué es lo que pretende? ¿qué le compadecemos? ¿espera enternecernos con su mirada baja? ¿convencernos de que hace lo justo?

CATALINA:

Si tratáramos de comprenderle...

BRIGIDA:

¡Comprensión! Es cómodo recurrir al corazón de los demás para justificar nuestras malas acciones.

CATALINA:

Esperemos a que hable con Romero. El puede ayudarle a reflexionar.

BRIGIDA:

No es a un extraño a quien corresponde hacerle reconocer su error. Son los años de amor y consagración los que deben ayudarle.

CATALINA:

Romero no es un extraño en nuestra familia.

BRIGIDA:

No quisiera que interviniera ahora. Mi padre debe razonar por sí solo, mirar en su pasado, pensar en lo futuro... No quiero que Romero intervenga en lo nuestro. No le corresponde intervenir.

CATALINA:

Como abogado de la familia tomará parte, necesariamente.

BRIGIDA:

Lo comprendo, pero sus obligaciones están limitadas.

CATALINA:

De acuerdo. Pero es, además, un viejo amigo de tus padres...

BRIGIDA (definitiva):

¡No quiero que intervenga!

CATALINA:

No será la primera vez que lo haga.

BRIGIDA:

Esta vez no han necesitado sus consejos.

CATALINA:

¡Pero intervendrá!

BRIGIDA:

¡No le corresponde! ¿Qué le da derecho a intervenir?

CATALINA (ignorando el tema):

Nada.

BRIGIDA:

¿Nada? ¿Existe algún motivo?

CATALINA:

He dicho nada.

BRIGIDA:

Me parece que no eres sincera conmigo.

CATALINA:

Tendrás que creerme.

BRIGIDA:

Ahora no. ¿Qué me ocultas? ¿Es algo que yo ignoro?

CATALINA:

Nada que no pueda ser dicho.

BRIGIDA:

Pues quiero saberlo.

CATALINA:

Mejor no. Solo Dios sabe si a él puede importarle cuanto ocurre.

BRIGIDA:

Hoy estamos aprendiendo a conocernos. De pronto resultamos extraños los unos a los otros. Es increíble haber estado viviendo en medio de extraños.

CATALINA:

Es difícil explicar algunas cosas. A veces es preferible ignorarlas... u olvidarlas. Dejemos en paz al pasado. Es mejor.

BRIGIDA:

No es tiempo de callar, sino de conocernos mejor. No quiero ser injusta con Romero. Si hay algo que debes decirme...

CATALINA:

Puede ser distinto ahora, Brígida.

BRIGIDA:

Entonces... hay algo.

CATALINA:

Podemos equivocarnos. ¿Qué importancia tiene hablar de todo aquello, después de tantos años? ¿dé qué sirve?

BRIGIDA:

Ya has despertado en mí la curiosidad, la sospecha.

CATALINA:

No lo hubiera querido nunca. (*Confiada*) No hagas caso de lo que voy a confiarte, Brígida. Ha pasado ya mucho tiempo. El tiempo es capaz de borrar todos los rencores, de apaciguar el odio, y aún... de cambiar la pasión por un sentimiento puro, o de tornar el amor en algo tan maravilloso como una amistad sincera, perdurable...

BRIGIDA:

¿Tornar el amor en amistad?

CATALINA:

Fué cuanto ocurrió con Romero. Papá acababa de ser trasladado de su cargo en el correo y debía comenzar de inmediato. Mamá había muerto y nosotras tuvimos que acompañarle en el viaje. Cuando llegamos al pueblo no conocíamos a nadie. Los primeros días fueron de desorientación y aburrimiento. Luego, en la biblioteca pública, conocimos a Romero. El nos presentó a sus amigos y nos introdujo en su grupo. Más adelante, fuí conociendo en sus atenciones, en sus miradas y hasta en sus palabras, que se había enamorado de Magdalena. Y cuando los muchachos escogían a sus novias para llevarlas al acto de investidura... él la escogió a ella.

BRIGIDA:

¿Romero y mi madre? ¿Lo supo ella?

CATALINA:

No. Creo que no. Nunca le hablé de ésto. Era muy joven todavía y temía violentar sus verdaderos sentimien-

tos. Romero tampoco se atrevió a confesarlo nunca. Siempre fué tímido y dejaba escapar las ocasiones. Recuerdo el día que conocimos a tu padre... Romero lo trajo a nosotras y Arnaldo, más adulto y atrevido, le preguntó: "¿es tu novia?" "No. Es una amiga", contestó palideciendo. Creo que fué entonces cuando la perdió para siempre. Arnaldo y Magdalena continuaron viéndose. Romero dejó el pueblo. Solo algunos años más tarde el destino quiso que se renovara aquella amistad.

BRIGIDA (*desconcertada*):

Ni una palabra, ni siquiera una mirada.

CATALINA:

Ni aún ellos mismos lo sospecharon. Su amor lo enterró en el silencio, y quizás, en el olvido. Por eso no creía prudente mencionarlo ahora. Pero al ocurrir todo esto, debemos reconocerle un cierto derecho. Un derecho que nace de su constancia, de su discreción, de su dignidad.

BRIGIDA:

¿De qué ha valido su silencio? ¿Es así como se le corresponde? Quizás hubiera valido la pena haber hablado. Habría dado a mi madre una oportunidad de elegir. Ella pudo haberle preferido. ¿Por qué no se lo confesó nunca? ¿por qué no lo hizo?

CATALINA:

¿Para que hablar de entonces?

BRIGIDA:

Es verdad. Quisiera cambiar el mundo y dar orden y equilibrio a todas las cosas. ¿Por qué se viola la justicia y se cambian los sentimientos? ¿por qué se olvida la razón y el deber?

CATALINA:

¡No hay a quien culpar!

BRIGIDA:

¡Sí hay a quien culpar!

CATALINA:

Solo al destino. Nunca sabemos por qué ocurren las cosas.

BRIGIDA:

Es posible evitarlas muchas veces. Pero si nos ponemos en el camino, si buscamos la maldad y provocamos la tentación, si hacemos caso omiso del poder de nuestra voluntad, si nos rendimos sin haber luchado siquiera, sí que somos culpables.

CATALINA:

¿Sabes si él ha luchado? ¿te has preocupado por averiguarlo?

BRIGIDA:

Ha vivido bastante como para entender que lo que hace no es justo. Su razón y sus años pudieron aconsejarle lo mejor. Sin embargo, parece haberlos ignorado. Anoche, durante la cena, parecíamos una familia feliz. Después... Se habló y resolvió todo tan sencillamente que parece increíble. No puede suceder así.

CATALINA:

Ha sucedido así.

BRIGIDA:

Sí. Como una historietta absurda. Pero no pueden violarse los sentimientos tan fácilmente. ¿De qué ha servido nuestro cariño? ¿qué importa lo que ha hecho Romero? Todo se viene abajo y nosotros somos los únicos aplastados. ¡Maldito sea!

CATALINA:

No debes guardarle rencor. Es tu padre, recuérdalo.

BRIGIDA:

Ya nada me obliga a respetarlo. ¡Ya no! Amaba su bondad y confiaba en su corazón. Me hizo admirarle y respetarle, me predicó el amor a los demás y me hizo amar a los demás, para después actuar, a su vez, distintamente. *(Va hacia la escalera y mira nuevamente a lo alto)* ¡No merece compasión! ¡Es indigno! ¿Por qué no se marcha? ¿por qué no se marcha? *(La amargura la apodera, pero no llora)* Tía Catalina, ¿qué ha ocurrido? ¿qué le ha hecho cambiar?

CATALINA:

No sé, Brígida, no sé.

(Suena el timbre de la puerta)

BRIGIDA:

No debemos recibir a nadie.

CATALINA:

Puede ser Romero.

BRIGIDA:

Está bien. Abre.

*(Catalina va hacia la puerta y abre.
Entra Orlando)*

ORLANDO:

Buenas tardes, Catalina.

CATALINA:

Buenas tardes, Orlando.

ORLANDO *(acercándose a Brígida)*:

He repetido mis llamadas y nunca puedes venir al teléfono. ¿Qué ocurre contigo?

BRIGIDA:

Perdóname, Orlando. No quiero hablar con nadie. Deseo estar sola.

ORLANDO:

Siempre que no sigas actuando en esta forma. Vas a afrontar la situación como un hecho normal. No es la primera vez que ocurre. El mundo no acaba porque todo esto haya sucedido. Así es como debes mirarlo. (*A Catalina*)
¿Se ha marchado ya?

BRIGIDA (*sin dominarse*):

¿Qué te importa? Esto es un asunto de familia. ¿Qué haces aquí?

ORLANDO:

Voy a ser tu marido, Brígida.

BRIGIDA:

Eso no te autoriza.

ORLANDO:

No lograrás ofenderme. Ya estamos demasiado unidos.

BRIGIDA:

¿Qué quieres decir?

CATALINA:

Déjale acompañarte.

BRIGIDA:

Pero ésto es algo íntimo, nuestro. Ningún extraño debe intervenir.

ORLANDO:

Nunca me consideré un extraño en tu familia. Todo cuanto pueda afectarle es también mi problema. Tu padre lo cree igualmente. Si anoche, al hablar, quiso que yo es-

tuviera presente, es porque juzgó correcto enterarme de lo que sucedía.

BRIGIDA:

Con tu presencia nos ha herido y abochornado más.

ORLANDO:

Fué una prueba de sinceridad y honradez.

BRIGIDA:

¡Aún así! ¡No debió hablarse delante de tí!

ORLANDO:

Esta va a ser mi familia también. Tenía derecho a saber.

BRIGIDA:

¡No debió hacerlo!

ORLANDO:

¿Por qué no quieres reconocerme ese derecho? Bien sabes que lo tengo. ¡Ahora más que nunca! ¡Para siempre!

BRIGIDA:

¿Qué te hace creerlo?

ORLANDO:

¿Es necesario proclamarlo? Tiene que ayudarme, Catalina. Brígida no está en condiciones de soportar una crisis nerviosa. Espera un hijo. Debemos evitar cualquier reacción que pueda afectarle.

CATALINA:

¿Cómo dices? (*Volviéndose a Brígida*) ¿Es ésto verdad? (*Brígida lleva las manos a su vientre, inconscientemente, como si por vez primera pensara en el hijo que espera*) Oh, mi Dios.

BRIGIDA (*rebelde*):

Piensas que así me encadenas para siempre, que te pertenezco.

ORLANDO:

Pronto serás mi esposa.

BRIGIDA:

¿Te creerás entonces partícipe de nuestros sentimientos?

ORLANDO:

¡Sí! ¡Lo quiero!

BRIGIDA:

¡No basta!

CATALINA:

¡Brígida!

BRIGIDA:

¡No basta! No será así como pertenecerás a nuestra familia y harás tuyos nuestros problemas. Para conseguirlo, tienes que sentirte parte de ella. ¡Sentirlo! Es el corazón lo que está en juego ahora y allí no puede penetrar la simple formalidad de un matrimonio.

ORLANDO:

¿Será la desconfianza lo que domine nuestro matrimonio?

BRIGIDA (*mirándole fijamente*):

No me casaré, Orlando. Ya no pienso casarme.

ORLANDO:

¿Piensas confundirnos a todos?

CATALINA:

Es tiempo de razonar, Brígida. Te casarás y tendrás a tu hijo como Dios manda.

BRIGIDA:

Nadie podrá obligarme. Ahora comprendo que es ingenuo confiar en las promesas. No voy a dejarme seducir por las palabras.

CATALINA:

Si alguien se enterara...

BRIGIDA:

No me importan las opiniones.

ORLANDO:

¡Es absurdo!

BRIGIDA:

Estamos rodeados de absurdos. Promesas y juramentos violados, sacrificios olvidados. Todo es absurdo en esta vida. No vale la pena actuar como Dios manda. ¿Para qué? ¿de qué sirve? No me importan las gentes ni me interesa lo que piensen de mí. ¿De qué manera se paga nuestro sometimiento? Solo con infelicidad.

ORLANDO (*alterado*):

¿Y qué piensas hacer?

BRIGIDA:

Tener mi hijo. Cuidarle solo yo.

CATALINA:

¿Qué dirá tu madre?

BRIGIDA:

Tendrá que comprender y darme la razón.

ORLANDO:

¿Cuál razón? Se trata de algo que debemos resolver tú y yo. Nuestro hijo es lo importante ahora. Tenemos que hacerle respetable, decente. Nada vale luchar contra la sociedad, porque ella nos rige inevitablemente. No podemos ignorarla. Vuelve a la razón, Brígida. Nuestro hijo vivirá en ella, tendrá que rendirle cuentas. No debe nacer así...

BRIGIDA:

Así... ¿cómo?

ORLANDO:

¡Como una vergüenza!

BRIGIDA (*dominando su sonrojo*):

No será una vergüenza. Mi hijo no será una vergüenza para mí.

ORLANDO:

¿Y para los demás?

BRIGIDA:

Tendrán que recibirle. Reconocerán que hice lo razonable y que él es digno.

ORLANDO:

Y él... ¿pensará igual? ¿se sentirá feliz? ¿se creará digno?

BRIGIDA (*preocupada por vez primera*):

¿El?

ORLANDO:

¿Qué le dirás cuando te pregunte? ¿le contestarás que en un momento de debilidad te entregaste a mí y que yo aproveché tu torpeza y te hice mía? ¿le dirás eso?

BRIGIDA:

Tendrá que comprender. No puede exigirme el sacrificio. Si no lo entiende así no merece mi cariño. No creí que al ofrecerte mi cuerpo cometía pecado. ¿Lo pensabas tú? Entonces, ¿por qué me recibiste? ¿Pensabas que era pecaminoso lo que hacíamos? Yo no lo creí nunca.

CATALINA:

Debemos actuar como personas sensatas, Brígida. ¿Por qué no celebrar unas bodas que todo el mundo espera? Sería tonto e injusto no hacerlo.

ORLANDO:

No debemos continuar esta conversación. Volveré

cuando estés más tranquila y puedas hablar razonablemente.

BRIGIDA (*casi justificándose*):

¿Qué más hubiera deseado que ser tu mujer para siempre? ¿qué otra cosa podría pedir al cielo que tener hijos tuyos?

ORLANDO:

¿Es que debemos cambiar lo que ya teníamos decidido?

BRIGIDA:

Ahora todo se me ocurre distinto.

CATALINA:

Debes pensar en tu hijo.

BRIGIDA:

¿Cuándo se ha tenido en cuenta a los hijos para decidir?

CATALINA:

¿Quieres condenarlo a la misma desventura?

BRIGIDA:

Voy a librarlo de ella. Solo me tendrá a mí. No lo dejaré nunca. Es mi decisión, mi convencimiento.

ORLANDO:

No puedes decidir su destino arbitrariamente. Ninguno de los dos puede. No tenemos derecho. Hemos contraído una obligación con él y algún día nos reclamará. ¿Qué vamos a entregarle? Hemos dejado de ser libres. Hemos dejado de ser importantes. Ahora nos debemos a él.

BRIGIDA:

¿Hasta cuándo seguirás pensando igual? ¿cuándo te cegará la lujuria y dejarás de pensar en los tuyos?

ORLANDO:

No puedes haber cambiado tan fácilmente. Ayer sonreías, hoy está lleno de amargura y rencor tu corazón. No permitas que nada nos destruya.

BRIGIDA:

¿Serás mi marido hasta cuando?

CATALINA:

Eres injusta, Brígida.

BRIGIDA (*ausente*):

Serás mi marido los primeros días, cuando mis carnes satisfagan tus deseos. Después, te cansarás de mí. Te ahuyentará la frialdad de mi cuerpo y la blancura de mi pelo. Mis años junto a tí no significarán nada. Se olvidarán las horas de vela junto a tu cama de enfermo. Morirá la gratitud por los hijos que te he dado. Me dejarás sola cuando una nueva tentación te domine.

ORLANDO:

Estás enferma.

BRIGIDA:

¡No quiero nada de eso!

CATALINA:

No puedes condenar. No tienes derecho a sentenciar. ¿Cómo has de saber?

BRIGIDA:

¡No quiero hacer la prueba! No me casaré. Tendré a mi hijo y quiero saberlo mío. Nada me hará cambiar.

ORLANDO:

¿Es destruirnos lo que te propones? Siento lástima de tí.

BRIGIDA:

¡No quiero tu piedad! ¡No la necesito! Déjame sola.

CATALINA:

Piénsalo, Brígida. La vida es una gran decisión. Lo que hagas hoy te afectará para siempre.

BRIGIDA:

Lo he pensado. Está resuelto. Déjame a mi hijo, Orlando. Déjame cuidarle y sentirle mío. Estaré con él y no le abandonaré. *(Se vuelve, evitando llorar)*: ¡Nunca! ¡Nunca!

ORLANDO:

Eres otra mujer, Brígida.

BRIGIDA *(ligeramente turbada al oírle)*:

Soy la misma, solo que he abierto los ojos.

(Suena el timbre de la puerta. El padre, Arnaldo, asoma en la escalera, se sorprende al ver a los demás, pero se decide a bajar. Los tres se han vuelto a él al sentir sus pasos)

ORLANDO *(yendo a su encuentro)*:

Arnaldo, usted debe convencerla. Tiene que convencerla.

ARNALDO:

¿Qué ocurre?

BRIGIDA:

Te prohíbo que le digas. El ya no tiene derecho a saber nada de esta casa.

(Arnaldo se yergue pero después inclina la cabeza abochornado)

ORLANDO *(lamentando su actitud)*:

¡Arnaldo...!

(Arnaldo aprieta sus puños sin atreverse a decir palabras. El timbre de la puerta vuelve a sonar)

ORLANDO (*a Brígida*):

Piénsalo, piénsalo. Ahora es tiempo. No esperes a más tarde. Es peligroso.

(Va hacia la puerta y abre. Aparece Romero)

ROMERO (*afectuoso*):

¡Orlando!

ORLANDO (*saliendo*):

Buenas tardes, Romero.

(Brígida escapa escaleras arriba, temiendo denunciar su nerviosismo. Catalina, discreta, sale por la puerta de la izquierda. Romero, sin comprender, se acerca a Arnaldo)

ROMERO:

¿Qué le ocurre a tu familia?

ARNALDO:

Anoche hablamos y se discutieron mis planes. No pudimos ponernos todos de acuerdo. Hoy están contra mí y me miran como fieras que quisieran devorarme. No tratan de verme y juzgarme humanamente. Pero no me importa. Ya no me importa.

ROMERO:

¿Tienen alguna razón?

ARNALDO:

Yo también tengo mi razón. Tan poderosa como la de ellos. Se trata de escoger entre una y otra. ¿Qué me pueden reprochar? Fuí siempre un buen marido, un buen padre. Y no he cambiado mis sentimientos. No es fácil cambiar. Unas semanas, unos días, unas horas, tal vez unos minutos, pueden hacernos aparecer distintos, pero, en el fondo, seguimos siendo los mismos.

ROMERO:

¿Qué ha ocurrido?

ARNALDO:

La vida que continúa. La vida que nos juega bromas pesadas y nos traiciona. Un día resolvemos ser sinceros con nosotros mismos y aparecemos tal como somos, como hemos sido siempre. Pero, entonces, ya nadie nos reconoce. Actúo ahora como manda mi razón y no siento que se perturbe mi conciencia. Pero, aún así, ¿he dejado de amar a mi familia? ¿he cambiado? ¿soy, acaso, diferente? No lo creo. Sigo siendo el mismo, Romero. ¡El mismo! Si algo me hace aparecer distinto es el haber comprendido que me he estado engañando y los he engañado a todos aceptando una vida que no puedo resistir más tiempo. Quiero saberme vivo y sujeto al sentimiento, a la emoción. Hasta ahora he actuado equivocadamente, he vivido equivocadamente, pero es tiempo de rehacerme y de conseguir la felicidad.

ROMERO:

Pero... ¿no has sido feliz con Magdalena?... ¿es eso?... ¿qué tratas de decirme? (*Comprendiendo su intención, escandalizado*) ¿Has esperado veinte años?

ARNALDO:

Tienes que ayudarme, Romero. He hecho un gran esfuerzo por evitarlo... pero no puedo seguir. Las últimas semanas han sido terribles. Es imposible continuar. Te necesito. No deben juzgarme mal.

ROMERO:

¿Pretendes hacerme cómplice de esta infamia? ¿es que Magdalena merece tu ingratitud? ¡No cuentes conmigo! ¿Cómo has pensado en tenerme de tu parte? ¿Quién supones que soy?

ARNALDO:

Pensé en que eras mi amigo. Si lo eres, ¿por qué entonces no me escuchas antes de tomar partido en ésto?

ROMERO:

No creo que quieras conocer mi opinión.

ARNALDO:

¡Sí quiero!

ROMERO:

¿No te importa lo bochornosa que resulte? ¿no te importa si hiere tu egoísmo?

ARNALDO:

¡Egoísmo! Es una palabra muy complicada que no podemos usar a la ligera. Aceptaría tu opinión si fueras capaz de escuchar mis razones. ¿Qué te hace condenarme de antemano, si ni siquiera me has dado la ocasión para explicar? ¿crees que es fácil para mí? ¿piensas que lo he resuelto en un segundo? Han sido noches de insomnio y días perdidos... una angustia verdadera que no puede aceptar la parcialidad de tu juicio.

ROMERO:

Nada puede convencerme de tu razón. Seré injusto contigo esta vez, Arnaldo, pero no voy a escucharte.

ARNALDO:

¡No *quieres* escucharme! ¡Eso es! ¡No *quieres* escucharme porque temes que mi razón pese más que la de ellos!

ROMERO:

No lograrás convencerme de tu razón.

ARNALDO:

¿Por qué te pones del lado de Magdalena? ¿qué le hace merecer más tu confianza y apoyo? ¿Es de ella toda

la razón? ¿no puedo yo alegar una causa, un motivo? ¿no tengo derecho a ser escuchado? ¿No acepto acusaciones de nadie! ¿No voy a defenderme de nadie! Ya me he escuchado a mí mismo y he resuelto lo que exige mi espíritu, lo que aconseja mi conciencia.

ROMERO:

¿Has pensado en los demás?

ARNALDO:

Te parecerá extraño, pero también he pensado en los demás. Mi resolución la he tomado pensando en los demás. ¿Será todo diferente si permanezco aquí? ¿seremos felices entonces? El resultado será siempre el mismo. Nunca hemos sido realmente felices. Nunca lo seremos.

ROMERO:

Es algo decidido entonces. No hay nada más de que hablar. (*Se dispone a salir*) No me explico para qué me has hecho venir.

ARNALDO:

No te vayas. Espera, por favor. (*Muda unos pasos*) Hace algunos años... Quiero que me escuches... Alguien tiene que escucharme... He estado sosteniendo una lucha conmigo mismo y he perdido. Lo que te digo ahora... (*Se entrega completamente a su confidencia*) Hace algunos años me dí cuenta de que había dejado de amar a Magdalena. No fué algo que sucedió de pronto. Fué germinando. Poco a poco. Ya no me complacía estar a su lado como antes, consideraba exagerados sus cuidados y afanes de complacerme... llegó a parecerme rutinaria su conversación. Más, supe resistir. ¡Por ellas! Lo intenté por ellas, ¿comprendes? Hacía lo imposible por aparentar felicidad, pero mi vida estaba vacía... terriblemente vacía.

ROMERO:

¿Sospechó ella algo?



ARNALDO:

No, no. (*Se pasea*) Un día se presentó a mi consultorio una joven, casi una chiquilla. Bonita, parlanchina y alegre. Se lamentaba de haber sufrido un fuerte ataque de amigdalitis. Después de examinarla le aconsejé operarse. No sé por qué...

ROMERO:

¿Qué ocurre?

ARNALDO:

No sé por qué... al verla... comprendí que vivir tenía un significado distinto. En dos segundos analicé mi vida. Comprobé entonces que nunca había conocido realmente la felicidad. Ella era como un derroche de juventud en un espíritu viejo y cansado. Reía y se movía en el salón como una mariposilla inquieta y libre. De pronto, me dí cuenta de que reía con ella. No la escuchaba. ¡Reía! Y ésto era algo importante.

ROMERO:

Te enamoraste de ella.

ARNALDO:

¡Oh, no! No volví a verla. No he vuelto a verla jamás, pero dejó en mi espíritu una sensación extraña e insufrible... Me pareció, así, que había vivido por costumbre, por hábito. Junto a Magdalena la vida no tenía ningún significado para mí. Todo era igual y siempre lo mismo. Me encontraba como un niño a quien han dejado solo y siente miedo. ¡Un miedo terrible! A mí me espantaba la risa de aquella chiquilla. Me parecía escucharla, repetida, insistente, como una tentación indeclinable, como un reproche a mi resignación. ¡No podía soportarlo! (*Se acerca a la ventana y la abre en busca de un poco de aire*) Si he dejado de amar a mi mujer, ¿por qué he de seguir ligado a ella? ¿por qué debo fingir y sacrificarme?

ROMERO (*más comprensivo*):

¿Podrás acostumbrarte a una separación? Veinte años crean un hábito. Es tiempo suficiente para que tu mujer deje de ser solo tu mujer y se convierta en tu compañera, en tu amiga. No se puede romper tan fácilmente.

ARNALDO:

Me lo he repetido a mi mismo varias veces. Pero ha sido inútil. Hablé con ella. Le expliqué.

ROMERO:

¿Estuvo de acuerdo?

ARNALDO:

Siempre ha sido sensata.

ROMERO:

¡Demasiado fácil!... Dime, Arnaldo... ¿la quisiste alguna vez?

ARNALDO:

No entiendo.

ROMERO:

Quiero decir...

ARNALDO:

Tú sabes cuánto la quise.

ROMERO (*arrepentido de sus palabras*):

Sí, lo sé.

ARNALDO:

He estado junto a ella mientras creí amarla. ¿Debo permanecer a su lado sólo porque ha sido una buena compañera toda mi vida? Me separo de ella porque no puedo fingirle más tiempo. ¿Qué es más honrado? Dime, ¿qué es más honrado? Ha sido razonable y ha comprendido. Si nos divorciamos no tendrá problemas.

ROMERO:

No. Legalmente le corresponde la mitad de tus bienes.

ARNALDO:

Estamos conformes con una partición equitativa. Te encargará de que todo se simplifique.

ROMERO:

Desearía hablarle.

ARNALDO:

Ha estado fuera todo el día. No sé dónde.

ROMERO:

¿Y tú hija?

ARNALDO:

Está en casa.

ROMERO:

¿Qué ha dicho?

ARNALDO:

No ha aceptado mis razones. Pero es joven y con el tiempo sabrá comprender. Pronto se casará y se olvidará de nosotros. Siempre sucede. No quiero herir a ninguna de las dos. No es mi intención hacerles daño. Si ella comprendiera... Escuché sus gritos aquí abajo: "¿Por qué no se marcha?" Se refería a mí, Romero. No esperaba que las cosas resultaran así. ¡Soy humano! Me aflige saber que mi hija me condena sin mirar a mi corazón. Otra mujer ha ocupado el lugar de su madre y ella no lo entiende. No trata de entenderlo.

ROMERO:

¿Piensas volver a casarte?

ROMERO:

No hay lugar para reproches, Romero. No cambio de mujer por capricho. ¡Me librara Dios de cometer tal in-

sensatez! Había dejado de amar a Magdalena y me sentía solo. No podemos sentirnos solos mucho tiempo sin desesperar. Necesitamos amar a alguien. Así, cuando mi alma se agitaba más fuertemente en ese mar de angustia, conocí a esta mujer. Me sentí atraído hacia ella y llegué a necesitarla con la sed y ansiedad del espíritu, como si fuera un complemento a mi vida. La conocí hace solo unas semanas. Esas semanas últimas que me han puesto de frente a la verdad y me han obligado a decidir de una vez por todas.

ROMERO:

¿Por qué nunca me hablaste de esto?

ARNALDO:

Pensé en Magdalena. Quería estar seguro de lo que hacía, sin comentarlo a espaldas suyas. Ella tenía el derecho de saberlo antes que nadie.

ROMERO:

Y esa mujer... ¿te ama?

ARNALDO:

Si. Estoy convencido de nuestro amor. Es cuanto quiero que comprendan. No he cerrado los ojos como un adolescente incontrolable y estúpido. He analizado mi vida y mis sentimientos. Mis conclusiones las he adoptado serenamente. Ya no me quedan dudas.

ROMERO:

¿Será la compañera que realmente necesitas?

ARNALDO:

Puede hacerme feliz. Hay juventud en su rostro, alegría en su corazón. Es como una imagen hermosa de aquella chiquilla que me visitó en el consultorio. Al verla, diríamos que es capaz de comunicar ese deseo de vivir que a muchos nos hace falta. Es como si nunca hubiera cono-

cido la tristeza, como si para ella no existieran el dolor ni los problemas. Ese contento y optimismo me ha alentado nuevamente, me ha hecho ver la vida de otro modo. Ahora voy a intentar cambiar. Quizás lo consiga. Quizás no. Pero no se me puede culpar por haberlo intentado, tampoco se me puede negar el derecho.

(Magdalena entra, procedente de la calle. Trae algunos paquetes. Es una mujer hermosa y bien conservada. A pesar de su aparente serenidad da ligeras muestras de nerviosismo en su comportamiento y en su modo de hablar. Se sorprende un poco al encontrarse con los dos hombres)

MAGDALENA:

¡Romero! *(Coloca los paquetes en uno de los sillones, va hacia él y le extiende su mano)* Salí a hacer algunas compras. Estoy cansadísima. *(A Arnaldo, con naturalidad)* Creí que ya te habías marchado.

ARNALDO:

Pensaba hacerlo en unos minutos. Me alegro de que hayas llegado. Precisamente hablaba con Romero...

MAGDALENA:

Prefiero que sean ustedes quienes discutan el asunto. *(Amable pero indiferente)* ¿No te sientas, Romero?

ROMERO:

Me disponía a salir.

MAGDALENA:

Encontré a tu madre esta tarde. La noto un poco desmejorada. ¿Es que no está bien de salud?

ROMERO:

Necesita un viaje. Se lo he dicho muchas veces y no

quiere escucharme. He tratado de convencerla de que nos vayamos un tiempo a Europa. Eso le haría mucho bien.

MAGDALENA:

Claro que sí. Viajar es a veces una necesidad. El espíritu suele agobiarse con la monotonía.

ARNALDO (*queriendo intervenir en la conversación*):

Ya iré a verla y la convenceré. Como médico será más fácil. Bastará una prescripción.

ROMERO:

No creo que lo consigas. Desde que murió mi padre no ha querido saber nada más de abandonar la ciudad. Le gusta ir cada día a su tumba y sentarse junto a él... como si le conversara. Le amaba mucho.

ARNALDO:

Puede enfermarse ciertamente. Debes quitarle esa idea de la cabeza, hacerle comprender que él ha muerto. No debe volver allí.

MAGDALENA:

¿Por qué no? El fué fiel a su amor. Ella sigue siendo fiel a su memoria. Es eso lo que nos pide e impone el matrimonio. ¡Juntos siempre! Es eso lo que esperamos cuando nos atrevemos a jurar... ¡A jurar! (*Palidece al notar las miradas de los dos hombres sobre ella*) He caminado mucho hoy. Necesito descansar un poco.

ARNALDO:

Espera un momento. Romero podría pensar... Deseo que compruebe que estamos realmente de acuerdo.

MAGDALENA:

Por supuesto. ¿Hay alguna duda?

ROMERO:

Pero, ¿de veras han resuelto todo tan simplemente?

MAGDALENA:

¿Qué esperabas? El se marcha hoy de esta casa. Me ha pedido el divorcio. Dió razones y yo he aceptado. ¿Qué otra cosa se impone cuando el matrimonio se va al suelo? No hay nada que discutir. Ya no podemos seguir juntos. Eso es todo.

ROMERO:

Oh, no. No pueden convencerme. Si esperáramos hasta examinar mejor las cosas... Ha sido tan imprevisto. (*A Magdalena, que le escucha con altivez*) ¿Han meditado realmente el paso que van a dar? ¿Saben lo que significa? Estoy seguro que se trata de una ofuscación momentánea.

ARNALDO:

¿Todavía? Hemos discutido serenamente. (*A Magdalena*) Dilo.

MAGDALENA:

Sí.

ROMERO:

Pero no se puede hablar de divorcio como de algo que se realiza fácilmente. Divorciarse es romper lazos, separarse, acabar... ¿comprenden? Es cambiar totalmente un modo de vida, verse frente a frente e inclinar la mirada, es como morir el uno para el otro. ¿Es eso lo que realmente han decidido? ¿Es eso lo que desean?

ARNALDO:

No hemos pensado llegar a esos extremos. Somos personas normales. No tenemos que lamentarnos de nada ni avergonzarnos. Tampoco tendremos que comportarnos como desconocidos. Magdalena y yo seguiremos siendo amigos.

ROMERO:

¿Y si esperáramos? Digamos un mes.

MAGDALENA:

¿Por qué esperar? Quiero que se formalice el divorcio cuanto antes. Supongo que ya habrán determinado las particiones. Agradecería que todo fuera definitivo. (A Romero). Te encargarás de hacer las tramitaciones de lugar y legalizar todos los papeles. No pretendo intervenir. Cuanto deseo es que nada quede pendiente, que no se me moleste más.

ROMERO:

¿Y si...?

MAGDALENA (cortante):

¿Algo más?

ROMERO:

No. Creo que no. Se hará como ustedes quieren.

(Romero toma su maletín y sale, Arnaldo y Magdalena quedan firmes, de pie, en silencio. Luego conversan con aparente serenidad evitando mirarse a los ojos)

MAGDALENA:

Cuando regresaba de la tienda me encontré con Javier y su mujer. Dijeron que vendrían a visitarnos una noche de estas. Fué muy enojoso. No supe qué contestarles. Me sonrojé como si hubieran dicho alguna frescura delante de mi. *(Empieza a recoger los paquetes que ha traído)* Lo mismo me ocurrió en el salón. Me parecía que todos estaban enterados de cuanto sucedía en nuestra casa. Tenía la impresión de que me observaban y me interrogaban con la mirada. Me sentía desnuda bajo sus miradas. Cuando fuí a arreglarme las uñas me temblaban las manos y tuve que dejar la manicurista. ¡Fué terrible!

ARNALDO:

Al principio será difícil, pero tenemos que acostumbrarnos. Debemos comportarnos serenamente. Vivir normalmente.

MAGDALENA:

Es curioso. Tener una familia me pareció siempre algo tan rutinario y de la vida diaria que ahora, cuando la veo destruirse, me aturde su valor e importancia.

ARNALDO:

Tu comprensión ha hecho todo más fácil. Te estoy agradecido. Sentía un temor horrible de que no comprendieras, de que pensaras que actuaba mal.

MAGDALENA:

El hombre solo actúa mal cuando su conciencia lo reprocha.

ARNALDO:

¡Así es! No te he engañado ni mentido. Simplemente te he confesado la verdad, te he mostrado la realidad de nuestro matrimonio. Nosotros no podemos mentirnos, Magdalena. Nos conocemos desde hace muchos años. Juzgué más honrado decirnos toda la verdad. ¿Por qué he de sentir remordimientos? No hay de qué arrepentirse. No hay nada que perdonar, ¿verdad?

MAGDALENA (*dominándose*):

¿Cuándo te vas?

ARNALDO:

Ahora. (*Descubre una cierta inquietud en Magdalena*)
¿Ocurre algo? Dime, ¿qué sucede? ¿hay algo que debemos discutir?

MAGDALENA:

No. Nada.

ARNALDO:

Si hay algo que debes decirme...

MAGDALENA:

Es mejor así.

ARNALDO:

¿De qué se trata?

MAGDALENA:

¡Es mejor así! Si te fueras ahora... sería mejor para los dos.

ARNALDO:

¿Ocultando algo? No. Quiero saber qué piensas y sientes.

MAGDALENA:

¿De veras te importa? ¡No! ¡Vete! ¡Vete ahora mismo! Esta conversación que se inició como amigos puede terminar como verdaderamente la sentimos los dos.

ARNALDO (*a la expectativa*):

¡Magdalena!

MAGDALENA:

¡Sí! ¡Como la sentimos los dos! No basta con decir que somos buenos, ¡hay que ser bueno! No basta con llorar, ¡hay que sentir por lo que se llora!

ARNALDO:

¿A qué viene ésto ahora? Ya habíamos discutido.

MAGDALENA:

¡No debió discutirse jamás! La vida no es un juego ni nuestros sentimientos pueden ser objeto de una apuesta irracional. ¡Yo mentí! ¡Mentí! No soy una mujer valiente. Tengo miedo a que la muerte me sorprenda sola, y si te vas, estaré sola por siempre. No puedes dejar que me pudra de angustia en la soledad. No tienes derecho.

ARNALDO:

¡Oh, mi Dios! Hubiera dado la vida por no escuchar esas palabras.

MAGDALENA:

¿Qué puede ofrecerte esa mujer? Solo la frescura de su carne. Pero, ¿basta eso? ¿te conformas con tan poco? Yo puedo darte más. Amor, consagración para toda la vida. Si hicieras un esfuerzo... Si esperaras un poco. Tú no amas a esa mujer. No puedes amarla. Es la pasión lo que te domina. Si esperaras... a que la pasión se duerma, verías qué sencillo resulta todo. Comprobarás que fué algo que no tuvo importancia. ¡Qué sólo yo soy importante en tu vida!

ARNALDO:

No es pasión, Magdalena. Tampoco es la juventud de su cuerpo. Es algo diferente que llena mi alma de complacencia y felicidad, es una necesidad de estar junto a ella.

MAGDALENA:

¡Estás ciego! ¡Pronto comprenderás que te ha cegado la pasión! ¡Y entonces será tarde! Arnaldo, es fácil vencer la pasión. Basta con un pequeño esfuerzo. Sólo hay que decir "no" y sentirlo profundamente. Es solo una palabra. "No". Con ella puedes derrotar a la pasión y librarte de los remordimientos que luego afligirán a tu espíritu.

ARNALDO:

No me has entendido. Siento mucho que no me hayas entendido. Es muy doloroso para mí.

MAGDALENA:

Pero... no puedes dejarme. ¿Te conoce ella bien? ¿sabe que eres un enfermo y que necesitas cuidado?

ARNALDO:

Sí. Lo sabe.

MAGDALENA:

No todo el mundo puede tratar a un enfermo del co-



razón. Se necesitan cuidados especiales. ¿Sabrá ella atenderte? ¿está dispuesta a desvelarse algunas noches? ¿podrá soportar tu asfixia y socorrerte cuando la llames? Yo sabía hacerlo. Y lo hacía con amor. Muchas veces me he despertado sobresaltada y he buscado tu cuerpo en la cama temerosa de que hubieras llamado y yo no te hubiera escuchado. Pero no me importaba, porque tu vida es para mí más valiosa que la mía propia.

ARNALDO (*impresionado*):

¿Quieres empobrecerla en el futuro? ¿pretendes que tus palabras se metan en mis oídos y me perturben para siempre? ¿es eso lo que pretendes? He resuelto marcharme, Magdalena. Debemos separarnos.

MAGDALENA:

¿Y qué va a ser de mí? Estaré horriblemente sola. No puedes dejarme.

ARNALDO:

¿Podrás retenerme?

MAGDALENA:

¿Cómo?

ARNALDO:

¡Ya no! ¡No puedes retenerme! ¿Qué piensas hacer para retenerme?

MAGDALENA (*sonríe vencida*):

¡Qué tonta soy! Estaba tan segura de mi consagración que no pensé que necesitaría armas para defenderme. ¡Qué tonta soy! Nada. Eso, simplemente, nada. Si no te basta mi reclamo, no puedo hacer nada. (*Se pasea, altanera, y luego habla significando sus palabras*) ¡Bien! ¡Todo ha terminado! Será una separación definitiva. ¿entendido? Cuando te vayas, será para siempre. Las puertas de esta casa estarán cerradas para tí.

ARNALDO:

Es imposible acabar completamente.

MAGDALENA:

¡Hay que acabar! ¡Resolver todo definitivamente!

ARNALDO:

No podemos. Tenemos una hija. Es algo que nos une necesariamente. No podrás cerrarme las puertas de esta casa.

MAGDALENA:

Yo no las cierro. Las cerrarás tú mismo. No quiero una separación llena de recuerdos. Si rompemos, es para siempre. Debemos comenzar otra vida, borrar veinte años de nuestro corazón. Cuando cruces esa puerta, estarás muerto para mí.

ARNALDO:

No esperaba que terminaríamos así.

MAGDALENA:

Es cuanto podíamos esperar. No pretendas volver nunca. ¡Es el fin! ¡Nunca!

(Brígida aparece en la escalera y mira a los dos, va hacia su madre la cual se agarra a ella como si necesitara apoyo)

MAGDALENA:

Tu padre se marcha... para siempre.

ARNALDO:

Bajaré mis maletas.

(Sube las escaleras, se detiene como si quisiera agregar algo pero calla. Desaparece en lo alto).

MAGDALENA:

Tienes que protegerme, Brígida. Estoy segura de que

querrá volver algún día. Se arrepentirá de lo que hace. Se burlará nuevamente de nosotras. Tienes que estar a mi lado para impedirlo. No podemos permitirle la entrada. Las puertas deben estar siempre cerradas para él.

BRIGIDA (*casi para sí*):

¡Ya no es mi padre! ¡Ya no es mi padre!

(Magdalena se aferra fuertemente a Brígida y las dos miran hacia la escalera con marcado rencor)

TELON

ACTO SEGUNDO

El mismo escenario. Cinco años más tarde. Horas de la mañana.

Al levantarse el telón, Brígida aparece junto al ventanal dirigiendo su mirada a la calle. La tía Catalina, al centro de la escena, juega con Daniel que tiene unos cuatro años.

CATALINA:

(Mientras da cuerda a un pequeño cañón mecánico que luego pone a avanzar sobre unos soldaditos de plomo militarmente alineados) Mira ahora como avanza sobre el enemigo. *(Pone el cañón a funcionar pero lo detiene antes de que llegue hasta los soldaditos)* Pero no vamos a permitir que mate a estos valientes soldados.

DANIEL:

¿Por qué?

CATALINA:

Porque son hombres y los hombres no deben morir sin razón.

DANIEL:

¿Por qué?

CATALINA:

(Mientras reúne los juguetes y los coloca en una caja que está a su lado)

Porque lo que desean tan sólo es vivir en paz.

DANIEL:

¿Por qué pelean entonces?

CATALINA:

No sabría explicarlo, Daniel.

DANIEL:

Vamos a jugar al jardín, tía Catalina.

CATALINA (*confidencial*):

Pregunta a tu madre si puedes ir.

(Daniel se levanta y va hacia Brígida, todavía en la ventana)

DANIEL:

Mamá, ¿puedo ir a jugar al jardín?

BRIGIDA:

No. Lo siento, Daniel. Hoy no puedes salir. Vamos, recoge tus juguetes y ve a tu habitación.

(Daniel obedece, toma su caja de juguetes y desaparece por la escalera)

CATALINA:

(Advirtiendo la desazón de Brígida)

¿Qué ocurre, Brígida?

BRIGIDA:

¡Orlando otra vez!

CATALINA (*asomándose a la ventana*):

Pensé que había desistido.

BRIGIDA:

Ha vuelto... como antes. Siempre en el mismo lugar, con la mirada fija, acusadora.

CATALINA:

¿Qué pensará hacer?

BRIGIDA (*sin escucharla*):

Tres años persiguiéndome en la calle, oyendo sonar el teléfono, ocultándome. Cuando se fué al extranjero creí que habían terminado mis angustias. Lo ví como una solución. Pero ahora... Ahora ha vuelto. Hay que comenzar de nuevo.

CATALINA (*insistiendo*):

¿Qué pensará hacer?

BRIGIDA:

No sé.

CATALINA:

Querrá llevarse a Daniel. No podemos consentirlo. Debemos ponernos en guardia, Brígida. Ya una vez lo intentó. Y si ha vuelto ahora es porque está resuelto a llevarse.

BRIGIDA:

Debemos sacar al niño de aquí cuanto antes.

CATALINA:

¡Otra vez!

BRIGIDA:

Sí, otra vez. Tienes que llevarlo al campo, tía Catalina.

CATALINA:

Será siempre la eterna pesadilla, los sobresaltos. (*Arrepentida de sus insinuaciones*) ¿No comprendes que es inútil?

BRIGIDA:

Debo intentarlo.

CATALINA:

Algún día tiene que acabar todo esto. No podemos seguir así.

BRIGIDA:

¿Crees que no lo sé? Se lo pedí, tía Catalina. Tú misma le llevaste mi carta. Volví a suplicarle.

CATALINA:

Pero él volvió a negarse.

BRIGIDA:

Sí. Se convirtió en mi sombra. Siempre detrás de mí hasta que me obligó a no salir a la calle. Estuve como prisionera en mi propia casa. Luego se fué... Creí que al fin había recuperado mi derecho a respirar libremente. Y ahora... ¿por qué insiste?

CATALINA:

Es su hijo, Brígida. Además...

BRIGIDA:

¿Qué ibas a decir?

CATALINA:

Además... te quiere.

BRIGIDA:

Eso ya no importa.

CATALINA:

¿Es que piensas pasar toda tu vida oculta, encerrada...?

BRIGIDA:

...como mi madre, allá arriba?... ¿Por qué no?

CATALINA:

Porque es absurdo y tonto. (*Señalando hacia la escalera*) ¿Qué es lo que espera?

BRIGIDA:

Ella quiere estar sola. ¿Es eso pecado? ¡Déjala!

CATALINA:

Pero, ¿no comprendes que se está engañando a sí misma? ¿Crees que desea hacer lo que hace? Tu padre dejó esta casa y ella se encerró...

BRIGIDA:

Le gusta estar sola.

CATALINA:

¡Mentira! No quiere estar sola. Odia la soledad. No reconoce que tiene que vivir de otro modo porque sería reconocer que ha perdido las esperanzas de que tu padre regrese algún día. Se encierra con su orgullo y su altivez. No quiere estar sola, pero sí quiere obligarnos a compadecerla y a ponernos de su parte. ¿No lo entiendes? ¡Yo sí! ¡Sé lo que se propone! Está tratando de convencernos de que con la partida de tu padre se ha quedado irremediablemente sola. Pero no hace un pequeño esfuerzo por convivir con los demás.

BRIGIDA:

Déjala en paz.

CATALINA:

Tú lo sabes también. ¿Por qué tratas de ignorarlo? (*Brígida se mueve nerviosa*) Cinco años encerrada en esta casa. A veces la siento pasearse de noche en su habitación, como si le fuera imposible conciliar el sueño. A oscuras, cual si temiera que la luz le robara sus pensamientos. ¿Por qué nunca sale a la calle o al jardín? ¿Por qué encerrarse así, como si el mundo se redujera a sólo esto?

BRIGIDA (*tratando de excusarla*):

A veces me llama para conversar, o jugar a las cartas. Hablamos de cosas sin importancia. A veces desea estar conmigo y nunca habla de nada que le recuerde... Tía Catalina, no le ocurre nada grave, ¿verdad? ¿Crees que pueda ocurrirle algo?

CATALINA:

Y cuando se queda sola en su habitación, ¿qué es lo que hace?

BRIGIDA (*desconcertada e intrigada*):

No sé.

CATALINA:

Yo lo sé. La he observado.

BRIGIDA (*turbada*):

¿Cómo?

CATALINA:

Sé que hice mal, pero no pude dominarme.

BRIGIDA (*curiosa, con temor*):

¿Qué es lo que hace?

CATALINA:

Se mira al espejo, descubre su cuerpo...

BRIGIDA (*escandalizada*):

¡Tía Catalina, por favor!

CATALINA:

Debes oírme, porque quiero que comprendas que estás tan equivocada como tu madre. Terminarás como ella. Es mi hermana y no quiero verla perder la razón poco a poco. Debes ayudarme a salvarla, Brígida. Debes ayudarme.

BRIGIDA:

No te creo.

CATALINA:

Compruébalo tú misma. Ve, hay una hendedura en la pared. La hice yo, a escondidas, para poder mirarla. Es vergonzoso, Brígida. Pero tenía que hacerlo para saber lo que realmente ocurría en esa habitación. Lo hice por su bien.

BRIGIDA:

¡No sigas!

CATALINA:

Tienes que escucharme. Estoy horrorizada con esta forma de vida. ¡No puede seguir! ¡Debemos impedir que siga así! Acabará con todos.

BRIGIDA (*sometida*):

¿Qué propones? ¿Qué crees que debemos hacer?

CATALINA:

Estás dispuesta, ¿verdad? Debemos actuar rápidamente. Tú puedes ayudar mucho. Si tú cambias un poco, todos tendremos que cambiar, necesariamente. En primer lugar, debes reconocer que actuaste un poco a la ligera...

BRIGIDA (*con temor*):

¿Qué insinúas?

CATALINA:

Es necesario, Brígida. La mayor parte depende de lo que tú hagas. No se trata ahora de pensar en orgullo, sino en tu madre. Tenemos que salvarla y para ello necesitamos convencerla de que podemos equivocarnos alguna vez y actuar erradamente.

BRIGIDA:

¿Adónde quieres ir a parar?

CATALINA (*con tacto*):

Ahí fuera hay un hombre que te espera.

BRIGIDA:

¿Qué tiene que ver con todo esto?

CATALINA:

Tú lo obligaste a marcharse. Le echaste de tu lado. Una vez creíste que era lo mejor que podías hacer. Pero, ahora, ¿sigues pensando igual?

BRIGIDA:

Sí. Sigo pensando igual.

CATALINA:

Bien sabes que no. Estás arrepentida de lo que hiciste. No tuviste razón para hacerlo. ¿Es que no lo recuerdas en tus horas de tristeza? ¿No lo deseas junto a tí por las noches?

BRIGIDA:

¡No! ¿Por qué hablas de estas cosas?

CATALINA:

Si te quedas, arruinarás tu vida y la de tu madre. No te conviertas en su cómplice.

BRIGIDA:

¿Cómplice? ¿Cómplice de qué?

CATALINA:

No es normal que un cordero se convierta en fiera. No sucede así.

BRIGIDA:

Ha sufrido mucho. La culpa es de mi padre. No debió dejarla cuando más le necesitaba. Está resignada a la soledad que le ha sido impuesta. Respetémosla. No turbemos su soledad. Ya no espera nada.

CATALINA:

No es verdad, Brígida. Sí espera. Le espera todavía. (*Brígida la mira escandalizada*) Está allá arriba esperando que tu padre regrese algún día. Se engalana para él. Cuida su rostro y su cuerpo para cuando él regrese.

BRIGIDA:

Ella no le recibirá nunca. Lo ha jurado. Me ha hecho creer en su juramento.

CATALINA:

¡Sí le recibirá!

BRIGIDA:

Sólo quiere verle humillado ante ella, pidiéndole perdón. Es lo que ha estado esperando durante estos años, (*Observa el rostro incrédulo de Catalina*) ¡No! Ella no puede recibirle. La traicionó.

CATALINA:

Sí le recibirá, Brígida, y comprenderás entonces que has alimentado un juramento falso, un amor que se ha disfrazado de rencor y orgullo para no sentirse humillado y vencido.

BRIGIDA:

¡No, no! Ella no puede recibirle. Me lo ha dicho. No debe hacerlo.

CATALINA:

¡Sí, es la verdad! ¡Es la verdad! Le recibiría, Brígida. ¡Le recibiría... si él volviera! ¡Pero tu padre no volverá nunca! ¡Esa es también la verdad! Un hombre abochornado, despreciado, no puede volver. El orgullo existe y es humano. Tenemos derecho a ser orgullosos.

BRIGIDA:

| (*Haciendo un último esfuerzo por justificar a su madre*)

Si le ama, volverá.

CATALINA (*intencionada*):

¿También tú le esperas? (*Brígida palidece*) No volverá, Brígida. Se ha ido para siempre. Ustedes le convencieron de no regresar jamás. (*Se acerca a la escalera y mira a lo alto*) Pronto lo comprenderá y entonces será tarde para salvarla.

BRIGIDA (*asustada*):

¿Qué sucederá?

CATALINA:

Tiene que suceder algo. El aire la asfixia allá arriba y la soledad y la desesperanza son malas consejeras. ¡Hagámoslo, Brígida! Tenemos que convencerla de que todo ha terminado, de que es necesario ensayar otra forma de vida.

BRIGIDA:

¿Qué hemos de hacer, pues?

CATALINA:

Vete.

BRIGIDA:

¿Irme? ¿Adónde?

CATALINA:

Debes alejarte de ella. Mientras estés a su lado seguirá creyendo que tiene la razón. Seguirá sintiéndose fuerte y tratará de justificarse con tu presencia. ¿No lo comprendes? Tú eres la prueba de que tu padre ha hecho un completo abandono de su familia. Tú la haces sentirse respaldada, fuerte. Y así amamantará su rencor toda la vida. Un día estallará. No podrá albergar más odio.

BRIGIDA:

¿Y si me voy?...

CATALINA:

Entonces hará lo que positivamente desea.

BRIGIDA (*con temor*):

¿Qué?

CATALINA:

Esperar por tu padre... dispuesta a perdonarlo.

BRIGIDA:

No. Ella no puede hacer eso. He permanecido a su

lado para impedirlo. No puede perdonarlo. ¿De qué habrá valido entonces mi sacrificio? No puede pagarme así.

CATALINA:

Es triste, ¿verdad? Pues, sí. Has hecho una mala jugada, Brígida. Por eso debes irte. Mientras estés a su lado no perdonará nunca a tu padre y ella, en el fondo, desea verle volver. Le está esperando.

BRIGIDA:

¡Sería terrible!

CATALINA:

Si, es terrible, porque confía en que Arnaldo volverá, y nosotras sabemos que no. Pero, si te vas, todo será más fácil para ella, porque entonces le estará esperando sin rencor... La esperanza de que volverá arrepentido, de que podrán comenzar de nuevo, hará más fácil su vida.

BRIGIDA:

¡Oh, Señor! ¡Es horrible! ¿Qué he de hacer?

CATALINA:

Ahí afuera está Orlando. Te espera. Vete con él.

BRIGIDA:

¡Oh, no! ¡Es imposible!

CATALINA:

¿Por qué no? Se aman. ¿Por qué no ha de ser todo como antes?

BRIGIDA (*desconsolada*):

¿Es esa la solución? (*Fingiendo firmeza*) He resuelto ya mi vida. Viviré con mi hijo siempre. No quiero nada más.

CATALINA:

Tu hijo te dejará algún día. (*Brígida la mira asusta-*

da) Es la ley de la vida. Vete con él, Brígida. Deja a tu madre que decida por sí sola. Tú no puedes ayudarla. Con Orlando tienes ocasión de ser feliz. Llegará un momento en que necesitarás a alguien junto a tí. Lo sé. Es muy doloroso envejecer sola. Es muy cruel envejecer sola. Pero la vejez deja de ser cruel cuando se tiene alguien a quien dedicarla.

BRIGIDA (*conmovida*):

¡Tía Catalina!...

CATALINA (*va a la ventana*):

Vamos, llámale. Vete con él. Sé feliz, Brígida. Escapa de este encierro que tú misma has creado. ¡Vive! Te espera ahí fuera. (*Corre un poco las cortinas y mira hacia afuera. Se vuelve a Brígida con ligero temor al mismo tiempo que cierra las cortinas*) Se ha ido.

BRIGIDA:

Volverá mañana. Sé que volverá mañana.

(*Magdalena aparece en la escalera. Su rostro está ahora transformado. Hay un ligero toque extremado de pintura en sus mejillas y en sus labios. Su porte denuncia una actitud de orgullo y en su trato se advierte un algo de superioridad. Actúa como si se supervalorizara. Todo en ella aparece falso*).

MAGDALENA:

¿Ha llegado el correo?

CATALINA:

Si, Magdalena. Ahí, sobre la mesa.

MAGDALENA:

(*Se encamina a la mesa de la sala donde reposan unos periódicos y cartas, pero antes de tomarlos se vuelve a las dos mujeres*)

¿Qué ocurre?

BRIGIDA:

Nada. ¿Por qué?

MAGDALENA:

Han guardado silencio al verme bajar. ¿Es que ocurre algo?

BRIGIDA:

Simplemente nos ha sorprendido verte bajar. Casi nunca lo haces.

MAGDALENA:

Me aburría allá arriba. Creo que necesito un poco de aire. No hay aire en esa habitación.

CATALINA (*con intención*):

No es saludable encerrarse.

MAGDALENA (*afectada*):

Me gusta estar sola.

CATALINA:

Podrías intentar divertirte alguna vez.

BRIGIDA:

Claro que sí. Podríamos salir de vez en cuando.

CATALINA:

Brígida cree conveniente llevar el niño al campo. ¿Por qué no vamos todos y pasamos una temporada allí... como antes?

MAGDALENA:

¿Qué le ocurre al niño?

BRIGIDA:

Creo que... le convendría un cambio. Le noto pálido.

CATALINA:

Tú también te ves pálida, Magdalena. El campo te haría bien.

MAGDALENA (*sorprendida*):

¿Pálida? ¿De veras? (*Se acerca a uno de los espejos en las paredes*) Me parece que luzco bien. (*Al comprobar lo subido de su maquillaje lleva sus manos a las mejillas y trata de quitarse un poco del colorete. Se vuelve a las mujeres*) ¿He cambiado algo? ¿Se me nota enferma?

BRIGIDA (*con hastío*):

Todos necesitamos un cambio, mamá.

MAGDALENA:

Pero tenemos que estar aquí.

BRIGIDA:

¿Por qué?

MAGDALENA (*sin encontrar explicación*):

Es verdad. (*Sonríe*) Lo pensaré. (*Se acerca a la mesa y toma los periódicos y las cartas sin mirarlas*) ¿Algo especial en los diarios?

CATALINA:

No. (*Magdalena comienza a revisar las cartas, con lentitud, como si esperara encontrar alguna especialmente y temiera a su contenido. Con intención*). Son cuentas.

MAGDALENA:

(*Deja de mirar las cartas y las vuelve a su lugar, como si la hubieran sorprendido cometiendo un delito*) ¡Oh!

BRIGIDA:

¿Esperabas algo?

MAGDALENA:

¡No, no! (*Advierte las miradas inquietas de las otras mujeres y trata de compensar su ligereza*) Sí. Esperaba noticias de Romero. Hace tiempo que no nos escribe. ¿No es extraño?

BRIGIDA:

Por cierto que sí. ¿Dónde se encuentra ahora?

MAGDALENA:

Su última tarjeta era de Francia.

CATALINA:

¿De Francia? ¿No era de España?

MAGDALENA:

¡Ah, sí! Estoy hecha un lío. Ha caminado tanto últimamente. Al fin logró convencer a su madre de que debía hacer un viaje... para olvidar. ¡Viajar! ¡Olvidar! ¡Como si fuera fácil olvidar!

BRIGIDA (*distrayéndola*):

He recibido correspondencia del colegio. Pueden admitir a Daniel el próximo año. Irá de interno. Eso facilitará las cosas...

MAGDALENA:

Claro que sí.

BRIGIDA:

Es muy pequeño aún para ir al colegio, pero de todas maneras... (*Se interrumpe como si no tuviera nada que decir al respecto y quisiera hacerlo*) Se irá acostumbrando... Quiero que comience a estudiar temprano. Siempre es bueno hacer una profesión a temprana edad, ¿no crees?

MAGDALENA (*sin escucharla*):

Abre esa ventana, Catalina.

CATALINA (*sorprendida*):

¿La ventana?

MAGDALENA:

Si, ábrela. Nos ahogamos aquí. Hace falta aire.
(*Catalina se dispone a abrir*)

BRIGIDA:

No la abras, tía Catalina.

MAGDALENA:

¿Por qué no? Ha permanecido cerrada mucho tiempo. Es bueno abrirla ya.

BRIGIDA (*explicándose*):

Orlando ha vuelto, mamá.

MAGDALENA:

Lo sé.

BRIGIDA:

¿Lo sabes?

MAGDALENA:

Lo he mirado desde la ventana de mi cuarto.

BRIGIDA:

Entonces, comprenderás. Ha estado parado ahí fuera. Insiste en ver a su hijo.

MAGDALENA:

Debes permitirle que le vea. (*Brígida se sorprende, Catalina murmura el nombre de Magdalena en voz baja, como si la interrogara*) Más aún, debieras hablar con él.

BRIGIDA:

¿Ahora piensas así? ¿Qué sucede? Antes no pensabas igual.

MAGDALENA:

No debimos tomar las cosas de ese modo. (*Indiferente*) Abre la ventana, Catalina. (*Catalina lo hace mientras Magdalena se pasea por la escena con un movimiento natural, casi en un juego*) Siempre me he preguntado... ¿por qué no te casaste con él?

BRIGIDA:

¿Estás en tus cabales? Bien sabes por qué.

MAGDALENA:

No. No lo sé. Nunca me diste una razón.

BRIGIDA:

¿Era necesario explicar?

MAGDALENA:

No lo creí necesario, entonces, pero ahora siento curiosidad.

BRIGIDA:

No comprendo. Estaba tan claro.

CATALINA:

¡Magdalena!...

MAGDALENA (*volviéndose a ella*):

¿Sí?

CATALINA:

Nada. Nada.

MAGDALENA (*sin darle importancia*):

Observé a Orlando parado ahí enfrente. Algunas veces se paseaba nervioso. Es inexplicable. Acostumbraba visitar nuestra casa como un hijo y de pronto... ¿Qué ocurrió, Brígida? ¿Qué sucedió entre ustedes? Se amaban locamente...

BRIGIDA (*previendo lo que sucederá*):

¡Sí, sí!

MAGDALENA:

¿Entonces? Le miré fijamente. Ha envejecido un poco. Claro, ahora es más hombre, pero se nota triste... y solo. Sentí lástima por él. Era tan amable, jovial... (*Intentan-*

do dar todo el valor a sus palabras) Pensé... (Se turba pero luego se decide) ¿Por qué Brígida no se casa con él?

BRIGIDA:

¡Tú lo sabes! ¡Lo sabes!

CATALINA (sin comprender):

¿Qué te ha hecho cambiar, Magdalena?

MAGDALENA:

¿Cambiar? ¿Es que ahora soy distinta? ¡Ah, qué estúpida soy! He perdido el roce con las gentes en estos últimos años... Hoy me ha dado con hablar y ya parezco distinta.

CATALINA (feliz):

Me alegro tanto, Magdalena. Te hace bien hablar con los tuyos.

MAGDALENA:

Pero ¿qué ocurre? ¿a qué se debe esto?

CATALINA:

Tú y yo convenceremos a esta tonta de que debe hablar con Orlando y reiniciar sus vidas. Son jóvenes.

MAGDALENA:

Por supuesto. ¡Pobre Orlando! Debe haber sufrido mucho.

BRIGIDA (desconfiada):

¿Qué es lo que te propones?

CATALINA:

Brígida, no hagas caso de lo que te he dicho. Pude haberme equivocado.

BRIGIDA (amenazadora):

Escúchame bien, mamá. No me separaré de tí.

MAGDALENA (*sin prestarle importancia*):

¿Hay algo que te obligue a estar a mi lado?

BRIGIDA:

¿Cómo pretendes no saberlo? El día que se fué mi padre... (*La mira fijamente*) ¿Es necesario repetirlo?

MAGDALENA (*con frialdad*):

Tu padre fué un tonto. Se fué. Quiso irse.

BRIGIDA:

¡Veinte años! (*Vengativa, cruel*) Esperé que te envejecieras. Marchitó tu belleza. Cuando más le necesitabas se marchó. ¿Era justo que pagara así toda la vida de bondad y amor que le diste?

MAGDALENA (*dominando su angustia*):

¡Se fué! ¿Qué tiene que ver ésto con tu vida?

BRIGIDA:

¡No quiero eso para mí! No voy a pasar mis últimos años encerrada en una habitación contando mis pasos y las horas. No me consagraré a un hombre que quizás después me pague como se te ha pagado a tí.

MAGDALENA:

¡No es igual! No debes pensar así de Orlando.

CATALINA:

Claro que no. (*A Brígida*) ¿No ves que te has condenado a la soledad que tratas de evitar? (*Brígida la mira absorta*) ¿Qué te espera ahora?

BRIGIDA:

No sé. Pero me hiere verla sola, sufriendo. Me duele lo que ha hecho mi padre de ella. (*Arrodillándose ante su madre*) Antes eras alegre y sonreías. Ahora eres como una estatua, insensible, sin espíritu. ¡Me das lástima, mucha lástima! ¡Mucha!

MAGDALENA (*con altivez, pero aún falsa*):

¡Te prohibo! ¡Te prohibo!

BRIGIDA (*abatida*):

Antes se reía en esta casa. Se escuchaba tu voz, tu risa...

MAGDALENA:

¡No necesito que me compadezcan! ¡Te prohibo! Tu padre fué un tonto en marcharse... Lo aturdieron los encantos de esa mujer... El no tiene la culpa completamente... (*Ahora parece divagar. Brígida y Catalina cruzan sus miradas inquietas*) ¿Qué puede hacer un hombre de su edad cuando una chiquilla se le insinúa? Perdió la cabeza... Eso fué cuanto ocurrió... (*A Brígida*) ¿Decías algo? (*Brígida dice no con un ligero movimiento de cabeza. Ahora con amargura*) Por eso me dejó. Yo no lo culpo. ¡La culpo a ella! Ella es la única culpable. (*Se sienta, avergonzada, como si sólo ahora comprendiera lo que ha dicho*) ¡Oh, mi Dios!

BRIGIDA (*apiadada*):

¡No, mamá, no!

CATALINA (*cariñosa*):

Magdalena, ve a tu cuarto.

MAGDALENA (*como si despertara de un sueño*):

¿Cómo? Estoy bien. ¿Crees que me ocurre algo? Estoy bien. Sólo quiero demostrarle a Brígida que no soy digna de lástima, que no merezco que me compadezcan. Su padre me ama, me ha amado siempre y querrá volver un día a pedirme perdón. Tiene que venir.

BRIGIDA (*a la expectativa*):

Sí. Tiene que venir, mamá. Para eso estoy contigo. (*Con intención*) Para recibirle.

MAGDALENA (*con una cierta satisfacción*):
¿Para recibirle?

BRIGIDA (*cruel*):
¡No! ¡Para cerrarle las puertas!

MAGDALENA:
¡Sí!... (*Con timidez*) ¡Para cerrarle las puertas!

CATALINA (*decidida*):
Pero, ¿de veras crees que vendrá?

MAGDALENA (*reponiéndose*):
¿Es que lo dudas?

CATALINA:
Han pasado cinco años, Magdalena.

MAGDALENA:
¿Qué importa?

BRIGIDA (*conmovida*):
No, tía Catalina. Es muy cruel.

MAGDALENA (*mirándolas con inquietud*):
¿Qué ocurre? ¿Que es lo que me ocultan? ¿Qué sucede? (*Las dos mujeres guardan un silencio en que apenas parecen respirar*) ¿Por qué callan? (*Sonríe, adivinando sus pensamientos*) Ah, creen que estoy vencida.

CATALINA:
Han pasado cinco años, Magdalena. Cinco años en que él ha guardado silencio y ha permanecido alejado.

MAGDALENA:
¡Queda tiempo todavía! ¡Hay tiempo!

CATALINA:
Te amaba, Magdalena. Dejó de amarte. Tú le arrojaste de esta casa y él no ha vuelto. No volverá. Ni aún su hija le ha hecho volver.

MAGDALENA:

¿Su hija?

CATALINA:

Amaba mucho a Brígida.

BRIGIDA:

Por favor...

MAGDALENA:

A mí también me amaba.

CATALINA:

Pero tú eres su mujer... ella es su hija. Se puede guardar rencor a un ser querido, pero nunca a un hijo.

MAGDALENA:

No alcanzo a comprenderte. ¿Qué quieres decir?

CATALINA:

Que él no volverá. Debes entenderlo así, Magdalena. Debes convencerte. Ni aún el amor a su hija le ha hecho volver.

MAGDALENA (*a la defensiva*):

¿Y crees que si vuelve algún día será sólo por Brígida? ¿Es eso lo que piensas?

CATALINA:

¡No! ¡Dios me libre! ¡Nunca he pensado eso!

MAGDALENA:

¡Vendrá por mí! Es a mí a quien ha ofendido y traicionado.

CATALINA (*tratando de hacerla comprender*):

Sólo sé que ya no volverá, Magdalena. Que no debes esperarle. Que será inútil. Quiero que lo entiendas y te decidas a vivir como tenemos que vivir. No imaginarnos

cosas, sino afrontar una realidad inevitable y adaptarnos a ella. Dejar de pensar en él, ¿entiendes?

MAGDALENA:

Sí. Claro que sí. Es lo que pretendo hacer. Es lo que trato de hacer.

BRIGIDA:

¿De veras ¿Vas a tratar de...? (*Sin comprender*)
¿Cómo? (*Recriminándola*) ¿Estás dispuesta a perdonar?

MAGDALENA (*sin saber qué responder*):

¿Es necesario perdonar?

CATALINA:

Debemos perdonar.

MAGDALENA:

¡No! ¡Yo no puedo!

BRIGIDA (*clavando su mirada, con altivez*):

Es imposible, tía Catalina.

CATALINA:

Pero, ¿están locas? Es necesario olvidar el pasado. Si quieren comenzar de nuevo tienen que perdonar. ¡Es necesario perdonar!

MAGDALENA:

(*Como si estuviera fuera de este mundo, apartada*).

¡Oh, no!

BRIGIDA (*a Catalina, confidencial*):

Mamá no puede perdonar. Ella no puede perdonar. ¿No comprendes? ¿Quieres que se humille más? ¡No lo permitiré! ¡Ya fué muy bondadosa! ¿Cómo se le pagó? ¡Basta de bondad! ¡Basta de comprensión! ¡Déjale siquiera el orgullo de no haber perdonado nunca!

CATALINA (*mirándola aterrorizada*):

¡Oh, no! ¡Oh, no! (*Sale por la puerta de la izquierda, cual si escapara de una terrible pesadilla, evitando dar crédito a las palabras que escucha*) ¡Oh, no!

(*Brígida queda al centro de la escena, desconcertada, quizás arrepentida de sus palabras. Se vuelve a su madre que con aire impersonal le sonríe*).

MAGDALENA (*aún sentada, dulcemente*):

¡Es extraño, Brígida! ¡Muy extraño!

MAGDALENA:

¿Qué, mamá?

MAGDALENA:

¡Orlando!...

BRIGIDA:

¿Quién?

MAGDALENA:

¡Orlando! ¡Cinco años sufriendo tu indiferencia y aún te ama! ¡Cinco años sin verte y aún te ama!

BRIGIDA (*para sí*):

Aún me ama.

MAGDALENA:

¿Crees que realmente te ama? ¿no vendrá sólo por su hijo?

BRIGIDA:

No, mamá.

MAGDALENA:

¿Por qué estás tan segura? ¿cómo sabes que no viene sólo por su hijo? ¿que es su hijo lo único que le importa?

BRIGIDA:

Me escribió. Recibí su carta y estuve tentada de romperla sin leerla. No pude. Sabía que me haría daño leerla, conocer sus pensamientos, pero no pude romperla.

MAGDALENA:

¿Qué decía? (*Brígida calla. Insistente*) ¿Qué decía?

BRIGIDA (*titubea*):

Me ama. (*con tristeza*) Sí, me ama.

MAGDALENA (*sonríe, ausente*):

¿No es hermoso?

BRIGIDA:

Decía... que no me ha olvidado... que no podrá olvidarme.

MAGDALENA:

Es honrado y bueno. Le observaba desde mi ventana y ví sus ojos llenos de amor... Parecía no moverse, y sin embargo, nunca estuvo detenido en el mismo lugar. Hubo un momento en que creí que se acercaría y llamaría a la puerta... ¿Por qué no lo hizo?

BRIGIDA (*para sí*):

¡No se atrevió!

MAGDALENA:

Ví la ansiedad en su rostro... Titubeó... Luego, se alejó.

BRIGIDA:

Volverá mañana. Volverá todos los días. Lo prometió en su carta. ¡Cumplirá!

MAGDALENA:

¿Qué dice de su hijo? ¿pregunta por él?

BRIGIDA:

Me ha pedido que le deje verlo. Lo suplica.

MAGDALENA:

¿Qué vas a hacer?

BRIGIDA:

No sé, no sé. Estoy tan confundida. Leo y releo su carta tratando de llegar a una conclusión... y nunca puedo decidir. A veces dudo si hice bien o mal. ¿Qué me hizo actuar así? ¡Quisiera morir! ¡Quisiera morir!

MAGDALENA:

¿Por qué no dejas que te visite?

BRIGIDA:

¿Hablar con él? ¿Qué voy a preguntarle? ¿Qué puedo contestar a sus preguntas? Ya no sé quien tiene la razón. Le ví desde la ventana y sentí deseos de llamarle, de sentirle cerca de mí, de estrecharle, de escuchar su corazón, de besar sus labios... Pero no me atreví a hacerlo. No debo hacerlo.

MAGDALENA (*calculadora*):

¿Por qué no?

BRIGIDA:

He perdido el derecho (*Advierte el gesto insinuante de su madre y se pone en expectativa*) Por otra parte... prometí estar contigo. No puedo dejarte sola.

MAGDALENA:

Me gusta la soledad.

BRIGIDA:

Tengo que estar a tu lado.

MAGDALENA: (*nerviosa*)

¿Por qué?

BRIGIDA (*con intención*):

Mi padre puede volver.

MAGDALENA (*sonriendo impresionada*):

¿Es eso lo que te ha impedido casarte con Orlando?
¡Ah, perdóname, Brígida! Jamás debí exigirte tanto.

BRIGIDA:

No es tu falta, mamá.

MAGDALENA:

Entonces, ¿por qué no te casaste con él?

BRIGIDA:

¡Por miedo! Me asustaba lo que el futuro pudiera hacer de nuestro amor. Ahora ya no sé. Quizás hubiera valido la pena intentarlo. Me importaría ahora arriesgarme. Me importaría que me abandonara.

MAGDALENA (*insinuante*):

Debes casarte con él. Sería lo mejor para los dos. Se aman.

BRIGIDA:

¿Eres tú quien me aconsejas? (*Magdalena, en un gesto nervioso, lleva la mano a su cuello*) Prometí estar contigo, ¿recuerdas? No puedo consentir que papá vuelva, como un falso cordero, a arrancarte el perdón. No podemos consentirlo.

MAGDALENA:

Claro que no. Pero yo sé cuidarme bien. No debes preocuparte por mí. Puedes casarte con Orlando y llevarte a tu hijo. ¿Por qué no?

BRIGIDA:

¿De veras lo quieres? ¿Lo consideras juicioso?

MAGDALENA:

El no tiene la culpa de nada. Puede ser un buen marido.

BRIGIDA:

No entiendo. Antes no pensabas así. Cuando te dije lo que había resuelto consideraste que había sido atinado. *(Con sospechas)* Mamá... ¿es que quieres librarte de mí? Mírame a los ojos... ¿es que quieres librarte de mí?

MAGDALENA:

¡No, no! Sólo quiero que seas feliz con él. ¡Inténtalo!

BRIGIDA:

No voy a dejarte sola. Veo que me necesitas.

MAGDALENA *(rebelde)*:

¡No te necesito! Puedo estar sola. No necesito a nadie que me vigile como si estuviera prisionera.

BRIGIDA:

¿Prisionera? ¡Mamá!

MAGDALENA:

Quiero estar sola cuando él venga. Vendrá humillado, arrepentido, a suplicarme el perdón. Quiero estar sola para recibirle. No te necesito, ¿lo oyes? Vete con Orlando y llévate a tu hijo.

BRIGIDA:

¡Ya no puede ser! ¡Ya no podrá ser! ¡Estaré contigo siempre!

MAGDALENA *(casi suplicante)*:

¿No entiendes? Te dejo libre. Ya no tienes ningún compromiso conmigo. Trata de ser feliz. Sé feliz. Te dejo libre.

BRIGIDA *(atribulada)*:

No puede ser, mamá. Estaré siempre contigo.

MAGDALENA (*haciendo un último intento*):

¿Por qué no te vas? Búscales y dí que le amas. (*Gritándole casi*) Ve con él.

BRIGIDA (*tratando de hacerle comprender*):

Orlando se ha casado, mamá. ¿Quieres que vaya en busca de un hombre casado?

MAGDALENA:

(*Cierra los ojos, horrorizada, vencida*):

¡Oh, no!

T E L O N

ACTO TERCERO

El mismo escenario. Una semana después. Horas de la tarde.

Magdalena mira a través de la ventana, sus brazos entrecruzados como si sintiera frío. Brígida, sentada en un sillón a su lado, apoya su cabeza en la pared.

Magdalena da la sensación de ansiedad, Brígida aparece cansada.

MAGDALENA:

El niño no debió salir esta tarde. Hace frío.

BRIGIDA:

Me apena tenerlo encerrado siempre. Un poco de aire fresco le hará bien.

MAGDALENA:

¿Está abrigado?

BRIGIDA:

No sé.

MAGDALENA:

Debieras velar mejor por tu hijo.

BRIGIDA:

Ya lo hace tía Catalina. De seguro le habrá abrigado.

MAGDALENA:

Debieras interesarte más en él, no cuidar tanto de mí.

BRIGIDA:

Me gusta cuidarte.

MAGDALENA:

No lo necesito. Es tu hijo quien te necesita.

BRIGIDA:

¡Otra vez!

MAGDALENA:

¡Sí, otra vez! He repetido mil veces que sé cuidarme sola. (*Observa a Brígida y se turba momentáneamente*) Tampoco soporto las miradas fijas sobre mí. Me hacen sentir vigilada, aprisionada.

BRIGIDA:

¡No debes hablar así! Ninguna de las dos somos culpables de encontrarnos en esta situación. ¿Somos culpables, acaso?

MAGDALENA:

¡Nuestro destino!

BRIGIDA:

¡No! ¡Mi padre!

MAGDALENA:

¡Calla!

BRIGIDA:

Si. Es mejor para las dos.

MAGDALENA (*desviando el tema, impersonal*):

Aquí regresa Daniel.

(*Brígida se pone de pie y mira a través de la ventana.*)

va luego hacia la puerta y abre. Entran Daniel y Catalina. Daniel, ciertamente, viene abrigado).

DANIEL:

Mamá, un señor ahí afuera...

BRIGIDA:

¿Quién?

DANIEL:

Me invitó a pasear con él.

BRIGIDA:

¿Quién era? *(Estrecha a Daniel en sus brazos. A Catalina)* ¿Quién era?

CATALINA:

¡No puedes dejar que se lo lleve!

MAGDALENA:

(Como si condescendentemente entrara en la conversación)

¿Qué sucede?

CATALINA:

Se trata de Orlando. Viene a llevarse al niño.

BRIGIDA:

No puede quitármelo.

CATALINA:

Trató de atraerle. En un descuido mío, lo tomó en sus brazos. Pudo llevárselo.

BRIGIDA:

¿Hablaste con él?

CATALINA:

Conversamos y fué razonable. Prefiere hablar contigo. Está aguardando tu respuesta. Si no le llamas, vendrá él.

BRIGIDA:

Sube el niño a su habitación. Prepara su ropa. Nos lo llevaremos de aquí. Tenemos que darnos prisa.

(Catalina toma al niño y desaparece rápidamente por la escalera. Brígida, intranquila, se vuelve a Magdalena en espera de una palabra, de un comentario. Magdalena guarda breve silencio, como si quisiera permanecer ajena a todo. Luego, se siente molesta con la mirada de Brígida y le pregunta al acaso, gentilmente, obligada por la situación)

MAGDALENA:

¿Qué piensas hacer?

BRIGIDA:

Tía Catalina se llevará el niño al campo.

MAGDALENA:

(Con un dejo de superioridad)

No será por mucho tiempo, Brígida. Esa es una solución momentánea. Luego todo comenzará de nuevo.

BRIGIDA:

Orlando no puede quitarme a mi hijo. No consentiré que se lo entregue a otra mujer.

MAGDALENA *(repetiendo una lección aprendida):*

Entonces tienes que hablar con él... Llegar a un acuerdo. Resolver todo definitivamente. Es la única solución. *(Ausente)* ¡Resolver todo definitivamente!

BRIGIDA:

¡Es lo que quiero! ¡Se lo he suplicado tantas veces! *(Tras breve silencio)* Empiezo a sentirme cansada. ¿Por qué no se olvida de nosotros y nos deja en paz?

MAGDALENA:

Tienes que hablar con él. Es la única solución.

BRIGIDA:

¡No! ¡No debo recibirlo! Tendría que hacer concesiones y no quiero hacerlas. ¡Ahora menos que antes! (*Duda*) ¿Será esto honrado? A veces no sé de quién es la razón y qué es lo correcto. (*Se pasea de un lado a otro, tratando de dominar su inquietud*) Hice cuando pude por olvidarle. Necesitaba olvidarle. Pero cinco años es muy poco tiempo. Además, Daniel me lo figuraba en cada uno de sus actos. Era como ver su rostro y sentir su presencia y su recuerdo cada día.

MAGDALENA:

¡Un hijo no nos puede encadenar así!

BRIGIDA:

¡Nos encadena! Daniel es un lazo que me une a él. ¡Un lazo inevitable! ¡Estoy condenada a recordarle y a amarle siempre!

MAGDALENA (*atónita*):

¡Tiene que haber un final definitivo! ¡Un hijo no nos puede atar así!

BRIGIDA:

¡Sí nos ata! Y nos hace pensar algunas veces que hemos luchado en vano en espera de una felicidad que nunca llega.

MAGDALENA:

¡Oh, no! Sería muy cruel luchar en vano. ¡Sería muy cruel! (*Se interrumpe. Ahora sus palabras son frías y calculadas*) Pero tú no debes seguir luchando, Brígida. No debes seguir luchando. Si tu hijo es causa de desventura debes renunciar a él.

BRIGIDA:

¡No renunciaré!

MAGDALENA:

¿Qué objeto tiene luchar si ha de ser en vano? Por otra parte, estás enamorada. No puedes luchar contra Orlando. *(Persuasiva)* Lo que te corresponde es recibirle, permitirle ver a Daniel y quizás...

BRIGIDA *(descubriendo su intención)*:

¡No! ¡Bien sabes que no lo haré nunca!

MAGDALENA:

¿Por qué no? Ya le diste un hijo.

BRIGIDA:

Yo pude ser su esposa. ¡Nunca seré su amante!

MAGDALENA:

(Avergonzada, entendiendo el valor de su insinuación tardíamente)

No quise insinuar eso. ¡No! ¡No pude pensar eso!

BRIGIDA:

¡Claro que no! ¡Claro que no! Sería vergonzoso y sucio. Cuanto necesito es convencerle. El puede tener otros hijos. Yo sólo quiero a éste y no voy a entregarlo. Necesito piedad.

(Suena el timbre de la puerta)

MAGDALENA:

Es él.

BRIGIDA:

Siento miedo.

MAGDALENA:

Tiene que ser hoy. Debes resolver todo de una vez.

BRIGIDA *(triste)*:

¡No me casé por temor a perderlo algún día!... ¡Ahora está más lejos de mí!

MAGDALENA:

Es mejor así. Tienes la alegría de saber que aún te ama. Es menos cruel que verse abandonado.

BRIGIDA:

Pero ya no me pertenece.

MAGDALENA:

Ha sido fiel a tu amor. ¿Qué más puedes pedir?

(Suena el timbre nuevamente)

MAGDALENA:

(Con voz ahogada, temblorosa, denunciando una ligera envidia)

Abre, Brígida. El está ahí.

(Magdalena sube las escaleras y desaparece. Brígida va hacia la puerta y abre. Entra Orlando. Los dos se miran en silencio. Luego Brígida le habla, impresionada y tímida)

BRIGIDA:

Querías hablar conmigo, ¿no?

ORLANDO:

Debimos encontrarnos mucho antes. *(Emocionado ante su presencia intenta tocarla)* ¡Brígida!..

BRIGIDA *(escapando rápidamente)*:

¡Por favor...!

ORLANDO *(acercándose receloso)*:

Ahora sí que parecemos extraños. *(Con melancolía y tristeza)* Parece incierto cuánto nos ha ocurrido. Hemos actuado como niños locos, destruyendo todas las cosas que nos rodean, como si luego no fuéramos a recibir un castigo.

BRIGIDA *(tras breve pausa)*:

¿Qué quieres hablar conmigo?

ORLANDO:

Déjame mirarte. Lo he deseado tanto.

BRIGIDA (*molesta*):

No debes mirarme con amor. Sería ofenderme.

ORLANDO:

Aún te quiero.

BRIGIDA (*bruscamente*):

¡No debes decirlo! ¡Ya no puedes decirlo! Si has venido a declararme tu pasión puedes marcharte. Ni aún tu misma presencia se justifica en esta casa, a no ser que hables con cordura y honradez. ¿A qué has venido?

ORLANDO (*inseguro*):

Vine a hablar de nuestro hijo, pero antes debemos hablar de nosotros.

BRIGIDA:

No hay nada que hablar de nosotros. (*Reprimiéndose*) Eso pertenece al pasado. Debe olvidarse.

ORLANDO:

Yo no he podido olvidar. (*Confiado, tratando de expresarle su arrepentimiento y pesar*) Esperé, Brígida. Pensé que cambiarías...

BRIGIDA:

¡Sigo pensando igual! ¡No estaba del todo equivocada! (*Con desdén, haciendo manifiesto su dolor*) ¡Bastaron cinco años!

ORLANDO:

¡Brígida!

BRIGIDA:

No me amas realmente. Si hubiera sido cierto tu amor, me habrías esperado siempre. Habrías insistido siempre.

El amor es inagotable. Sólo la pasión tiene un límite de satisfacción. Cuando te canses de tu mujer, la dejarás. Ni aún los hijos serán causa suficiente para retenerte. Eso era cuanto me esperaba junto a tí. Cinco años era tu capacidad de amor.

ORLANDO:

¡No te permito hablar así! Mis pensamientos han sido tuyos estos cinco años. Te he recordado en cada instante de mi vida. Si he vuelto, es porque no he podido olvidarte. (*Brígida muda unos pasos evitando denunciar su nerviosismo*) ¿Por qué seguir distanciados? Cambiemos un poco nuestras vidas. Tratemos de perdonarnos mutuamente nuestros errores. (*Pausa en que parece meditar su petición*) Quiero que vengas conmigo.

BRIGIDA (*con dureza, pero vacilante*):

¿Qué vas a ofrecerme?

ORLANDO:

Dejaré a mi mujer.

BRIGIDA:

(*Reaccionando rápidamente, venciendo una terrible tentación*).

¡Oh, no! Sería condenarla a la misma pena a que yo he tratado de huir. (*Recriminándole, con voz ahogada*) ¿Es honrado dejarla, como si sus sentimientos no importaran? ¡Sería una cobardía! ¡Es un pensamiento egoísta y ruín que te hace despreciable! (*Con arrogancia*) ¡Yo tenía la razón! ¡Yo tenía la razón!

ORLANDO:

¡Razones! ¡Todos creemos tener la razón! (*Apesadumbrado*) También yo he sido loco y he actuado contra mis convicciones. También yo creí tener razón al casarme con una mujer a quien no amaba. Fué sólo una excusa para olvidarte.

BRIGIDA:

¡Ahora no puedes dejarla! ¡Tienes que soportarla a tu lado! ¿Qué culpa tiene ella? ¿Por qué la usaste a ella? Si juraste amarla, debes cumplir. Si juraste estar junto a ella siempre, debes cumplir. No puedes hacerle daño. El matrimonio es algo sagrado. También lo es el sentimiento. No se debe jugar con las cosas sagradas.

ORLANDO:

¿Sabes de qué hablas? ¿Por qué me acusas entonces? Eres tan culpable como yo. Te amaba y tus ideas locas te hicieron cambiar. (*Despectivo y franco*) ¡Egoísmo! ¡Sentimientos! ¿Cuándo pensaste en los míos para tomar una decisión? Te bastaban tus ideas y temías por tu felicidad. Jamás pensaste en que destruías la mía.

BRIGIDA (*ligeramente turbada*):

Tenía derecho a decidir.

ORLANDO:

A decidir, sí. Pero a decidir con honradez, con justicia. No a juzgar y a condenar arbitrariamente. Confiaba en tus sentimientos y creí que confiabas en los míos. Estaba tan convencido de nuestro amor que jamás pensé que nada pudiera empañarlo. Pero tú contribuiste a ello. Pusiste todo tu empeño en ello. El rencor se apoderó de tí y te cegó. Entonces sólo pensaste en tí misma.

BRIGIDA (*defendiéndose, afligida*):

¡No! ¡Pensé en el futuro!

ORLANDO:

En tu futuro, Brígida. Sólo en tu futuro. Pero era muy grande tu rencor y tu soberbia. Te resultaron muy mal todas las cosas. Antes de planear el futuro debemos pensar en los demás que nos rodean, en aquellos que nos quieren y nos ligan, en los que necesitaremos una vez, en los que encontraremos algún día. El mañana es muy incier-

to y no se puede predecir con certeza, menos aún destruyendo completamente el presente e ignorando nuestras responsabilidades.

BRIGIDA:

Creí que era lo mejor que podía hacer. ¡Entonces lo creí! (*Excusándose, horrorizada, suplicante y tímida*) ¡Tenía miedo!

ORLANDO:

El miedo no te daba derecho a jugar con los sentimientos de los demás. Es necesario coordinar nuestras acciones para no herir a los demás. Cada día los hombres se casan. Algunas veces resulta, otras no. Pero, ¿quién puede vaticinar la felicidad o el fracaso? Si se conociera el futuro seríamos más desgraciados, nos sentiríamos dejados de la mano de Dios.

BRIGIDA:

Pero podemos evitar el sufrimiento. ¡No quiero sufrir!

ORLANDO:

¿Eres más feliz ahora? ¿No hubieras sido más feliz conmigo? Has interpretado mal la vida. Vivir es ser natural y espontáneo. No podemos alterar la naturaleza, pretendiendo cambiar el futuro. ¿Qué te movió a no casarte conmigo? En el fondo de tí misma, ¿qué te impulsó a ello? ¡El egoísmo de que me acusas! ¡Pensaste sólo en tí! ¡En tu porvenir! Olvidaste a los demás y al presente. Te condenaste, sin quererlo, a la infelicidad. Y condenaste a nuestro hijo. Y me condenaste a mí. ¡Nos has destruído!

BRIGIDA:

Soy digna de lástima. No pretendí hacer daño a nadie. Me confundió el temor. Perdóname, Orlando.

ORLANDO:

¡Es Dios quien debe perdonarnos a todos!

BRIGIDA:

¿Qué puedo hacer para reparar lo que he hecho? (*Orlando inclina la cabeza y Brígida se inquieta*) ¿Qué puedo hacer? Debe existir un medio. No quiero hacerte sufrir. No quiero hacerle daño a mi hijo. ¿Qué puedo hacer? Dime, ¿qué puedo hacer?

ORLANDO:

¡Nada!

BRIGIDA:

¿Nada? ¿Tan irreparable es el daño que he hecho?

(Aparece Catalina con Daniel. El niño viene vestido para viajar, con su gorra en la mano. Catalina, que trae una pequeña maleta, se detiene en la escalera al ver a Orlando)

CATALINA:

¡Orlando!

BRIGIDA:

Ven, Daniel. (*Daniel va hacia ella*) Este es tu padre. Abrázalo.

(Daniel obedece y abraza a Orlando. Catalina, recelosa, se acerca a Brígida)

CATALINA:

¿Qué piensas hacer?

BRIGIDA (*a Orlando*):

Llévatelo, Orlando. Pensaba luchar por él. Estaba dispuesta a defenderle y a mantenerle junto a mí. Ahora salía hacia el campo con tía Catalina... Tratábamos de alejarlo de tí...

ORLANDO (*desconcertado*):

¿Vas a entregármelo... para siempre?

BRIGIDA:

Sí, sí.

ORLANDO:

¿Ya no te importa perderlo?

BRIGIDA:

Sí me importa. Pero, ¿qué puedo ofrecerle? ¿qué le he ofrecido? ¡Todo ha resultado tan distinto!

ORLANDO:

¡No! ¡No puedo hacerlo, Brígida!

BRIGIDA:

¿Por qué no? Siempre lo has querido a tu lado. He sido yo quien lo ha impedido. Ahora es tuyo.

ORLANDO:

¿Me consideras tan inhumano y perverso? ¡Si! ¡Quería llevarle conmigo! Esta tarde he venido dispuesto a separarle de tí, pero ahora no puedo hacerlo. Veo que le necesitas.

BRIGIDA:

¡No hagas todo más difícil! Márchate en seguida y llévale contigo.

CATALINA (*llamando inconscientemente*):

¡Daniel! (*Daniel la mira dulcemente y va hacia ella abrazándose a sus piernas. Catalina trata de reparar su indiscreción pero sólo para hacer manifiesta su angustia*)
¿Qué deciden?

BRIGIDA:

No he sabido brindarle verdadero amor. Estoy tan confundida y cansada que desconozco los sentimientos. Ahora no sé si sólo quería retenerle por egoísmo, por orgullo. Por eso no debo conservarle a mi lado. No sería justa con él.

ORLANDO (*conmovido*):

¡Sería quitártelo todo!

BRIGIDA:

De todas maneras, ya no puedo brindarle amor. Mi vida se desenvuelve de tal modo que he aprendido a ignorar su significado. Llega un momento en que nada nos parece importante. (*Sincera e implorante*) Me pides un poco de razón y quiero complacerte ahora. Daniel puede vivir normalmente contigo. Yo sólo puedo ofrecerle amargura y rencor. Nunca será feliz a mi lado.

ORLANDO:

¡Brígida!

BRIGIDA:

Déjame compensar un poco lo que hice. ¡Déjame saberme humana!

ORLANDO (*comprensivo*):

¡Está bien! Algún día, él apreciará lo que ahora haces, Brígida. Y sabrá quererte más.

BRIGIDA:

¡Sí! ¡Sí! (*a Daniel nuevamente, evitando la emoción*)
Vas a irte con papá, Daniel.

DANIEL:

¿Tú vienes conmigo?

BRIGIDA:

Más tarde. (*Lo abraza*) Perdóname, Daniel.

(*Catalina trata de decir algo pero sólo alcanza a hacer un gesto. La angustia se refleja en su rostro. Orlando, entretanto, toma a Daniel de la mano y, antes de salir, se dirige a Brígida*)

ORLANDO:

Gracias, Brígida.

(*Sale*)

CATALINA (*mirándole partir*):

Extrañaremos a Daniel. Sentiré su ausencia. Dormía en mi cama y no cerraba los ojos hasta verme a su lado. (*Dominando su desolación*) Pero has hecho bien. Resultará todo más fácil.

BRIGIDA (*para sí*):

¿Qué será de mí ahora? Es como si el mundo se hundiera a mis pies y me quedara aislada de todos. Es una sensación de vacío. Una inexplicable sensación de vacío.

CATALINA:

Ahora puedes cambiar y vivir de otro modo.

BRIGIDA:

¿Para qué?

CATALINA:

Eres joven todavía.

BRIGIDA:

Mi espíritu está viejo y cansado. No será posible iniciar nada nuevo. No tengo afán, ni finalidad, ni aliento. Yo no tengo una razón para vivir. Estoy sola.

CATALINA:

Olvidas a tu madre.

BRIGIDA (*con un cierto regocijo*):

¡Ah, sí! ¡Mi madre! Debo cuidarla, protegerla. ¡Infeliz de ella! Debo estar a su lado.

CATALINA:

¡No! No es esa la manera como vas a servirla mejor.

BRIGIDA:

Por supuesto que sí. Defenderla de mi padre, defenderla de la hipocresía y el engaño, librarla de una infelicidad mayor, mantener su orgullo y dignidad. Eso es cuan-

to me corresponde. Ese ha sido el único objeto de mi vida desde hace cinco años.

CATALINA:

No es así como vas a ayudarla. La ayudarás mejor... si te marchas para siempre.

BRIGIDA:

¡No insistas! ¡No hay razón para hacerlo!

CATALINA:

¡Debes dejarla! ¡Que ella decida! Esta es la ocasión que debes aprovechar para marcharte.

BRIGIDA:

No la dejaré sola nunca.

CATALINA (*con tristeza*):

Ella está sola desde hace mucho tiempo. Tu presencia sólo sirve para alentar el odio hacia tu padre.

BRIGIDA:

¡Ella lo odia!

CATALINA:

¡Lo ama! ¡Lo espera!

BRIGIDA (*perpleja*):

Entonces, ¿de qué ha valido todo?

CATALINA:

De nada. Por eso debes irte... para siempre. Tu presencia la obliga a mantener su juramento. Un juramento que ya no quiere cumplir.

BRIGIDA (*casi vencida*):

¿Adónde iría?

CATALINA:

Vete a la hacienda. Es una distancia. Cuanto necesitamos es una distancia.

BRIGIDA (*asustada*):

¿Cuándo?

CATALINA:

¡Ahora mismo! No esperes un minuto más. Márchate en seguida. Déjale sola.

BRIGIDA:

¡No! ¡No puedo hacerlo! No puedo consentir que él vuelva y se burle de ella.

CATALINA:

Si te quedas sufrirás una gran decepción. Será más doloroso para todos. ¡Vete! (*Descubre la gorra de Daniel en el suelo, la levanta y la mira con cariño mientras habla*) Alejarte te servirá de mucho. Te ayudará, si no a olvidar, por lo menos a comprender que la vida no es como nosotros la queremos sino como la determinan las circunstancias y los demás... (*Lleva la mano a su frente y luego a sus mejillas*)... como nos la imponen las circunstancias y los demás...

BRIGIDA:

¿Te sientes mal, tía Catalina?

CATALINA:

¡No, no! (*Trata de reponerse. Muestra la gorra a Brígida*) Daniel ha perdido su gorra. (*Sonríe dulcemente*) Recién ahora comprendo que se ha ido. Tendré que hacer un gran esfuerzo para acostumbrarme a saber que ya no está en casa.

BRIGIDA (*con un grave presentimiento*):

¿Le querías mucho?

CATALINA:

¡Mucho! ¡Mucho! (*Casi para sí, en voz baja*) ¿Cómo se desenvolverá ahora? Es muy niño aún. Me olvidará.

(Haciendo un gran esfuerzo por serenarse) ¡Qué de cosas se nos mete en la cabeza! Llegué a hacerme la idea de que era mío. Le tenía tan seguro a mi lado. Se confiaba tanto a mí... Ahora tendré que acostumbrarme... ¿Ves? ¡Tenemos que aprender todos! Tenemos que adaptarnos a las nuevas formas de vida. ¡Magdalena! ¡Tú! ¡Todos!

BRIGIDA *(adolorida y avergonzada)*:

Te he hecho daño también.

CATALINA:

¿Daño?

BRIGIDA:

Todo esto pudo evitarse. Si me hubiera casado con Orlando todo habría sido diferente. Te he hecho sufrir.

CATALINA:

¡Oh, no! No te culpes, Brígida. ¿Qué razón tenía mi vida antes? Cuando nació Daniel hubo un cambio. Gané su cariño y llegué a sentirle mío. ¿Qué otra cosa mejor podía ocurrirme?

BRIGIDA:

Pero se ha ido. Has perdido su cariño. Yo le dejé ir.

CATALINA:

Sabía que terminaría. No podía durar. Pero... esa extraña sensación de maternidad, ese instante de amor, lo debo a tí.

BRIGIDA *(sorprendida)*:

Es inexplicable, tía Catalina. ¡Qué confusa es la vida!

CATALINA:

¡Si, muy confusa!

(Suena el timbre de la puerta. Brígida mira a Catalina con inquietud)

BRIGIDA:

¿Quién podrá ser?

CATALINA:

No sé

BRIGIDA:

Abre.

(Catalina va hacia la puerta y abre. Aparece Romero)

CATALINA:

¡Romero! ¡Es una verdadera sorpresa!

ROMERO *(yendo hacia Brígida)*:

¡Brígida!

BRIGIDA:

Lo suponíamos en España.

ROMERO:

Regresé ayer. He venido tan pronto como me he librado de las llamadas telefónicas y de los amigos de mamá.

BRIGIDA:

¿Su primera visita?

ROMERO:

No. No podría decir que es mi primera visita. *(Grave)* Necesito hablar con Magdalena...

CATALINA:

Está en su habitación.

ROMERO:

¿Duerme?

BRIGIDA:

No sé. Pero, de todas maneras, se enojaría si no la despertáramos.

CATALINA:

Voy a avisarle.

(Sube las escaleras y desaparece)

BRIGIDA:

¿Quiere sentarse?

ROMERO:

Gracias. *(Da muestras de inquietud, se sienta y mira a su alrededor)* ¿Algún cambio?

BRIGIDA:

Todo sigue igual. *(Evitando confidencias)* Mamá se alegrará de saber que ha regresado. Hace unos días comentábamos su última tarjeta. Debe ser emocionante viajar por tantos países diferentes.

ROMERO:

También es agotador. Pero es un medio muy eficaz de conseguir muchas cosas... o, al menos, de intentar lograrlas...

BRIGIDA:

¿Cómo cuáles?

ROMERO:

Olvidar. Tratar de olvidar. Despejar un poco nuestros sentidos. Ponernos más en contacto con la realidad. Creo que...

BRIGIDA:

¿Si?

ROMERO:

Creo que... este viaje hizo mucho bien a mamá. Estaba tan apegada a sus recuerdos... pero al fin parece comprender mejor cuanto ha ocurrido.

CATALINA (*bajando las escaleras*):
Magdalena bajará en unos minutos.

ROMERO:
Gracias.

(*Catalina sale por la puerta de la izquierda*).

BRIGIDA:
(*Amistosa, en un gesto de gratitud*)
Mamá le estima mucho, Romero.

ROMERO:
Lo sé.

BRIGIDA:
Ha sido usted un gran amigo. Su presencia la ayuda un poco. No sabe cuánto me regocija esta visita. Necesitamos tanto ver a las gentes y hablar.

ROMERO:
¿Por qué no salir más a menudo? Cenar fuera, visitar a los viejos amigos, como antes. ¡Recibir a los amigos! Algunos se quejan de que... no hay nadie en casa... cuando llaman a la puerta.

BRIGIDA:
A veces creo que es mejor así, Romero. Ellos conservan una idea de nuestra casa, de nuestra familia, de nuestras reuniones, que ha muerto hace tiempo. Ahora no somos los mismos, ni aún pretendiéndolo. Es extraño como algo nos cambia tan completamente. Conocieron a mamá cuando la felicidad iluminaba su rostro, cuando sonreía...

ROMERO:
¿Ahora no sonrío?

BRIGIDA:
La he visto sonreír a veces... Pero, ¿es igual? Puedo

asegurarle que no sabría cómo comportarme delante de esas gentes... de los amigos... Estoy segura de que vería una doble intención en sus palabras, una pregunta en cada mirada, un deseo de escudriñar nuestro interior. Usted debe haber tenido esa misma experiencia alguna vez. Los amigos nunca nos preguntan nada cuando tenemos un grave problema, esperan a que nosotros se lo confiemos. ¡Es estúpido! Nos hacen más daño con callar. A veces la indiscreción se agradece.

ROMERO:

Quizás han esperado una oportunidad. No han sido recibidos.

BRIGIDA:

No, Romero. No siempre hemos podido evitar recibirlos. Algunos nos han visitado y, en cinco años, ninguno nos ha hecho una pregunta indiscreta. Todos tratan de conducirse y hablar como si nada hubiera ocurrido. A veces he sentido deseos profundos de que hablen, de que pregunten, de que demuestren que quieren ayudarnos. Pero callan, callan siempre.

ROMERO:

¿Y cuál ayuda esperas?

BRIGIDA:

Parecerá tonto, Romero. Pero yo deseo... deseo profundamente... que alguien me ayude a llorar. No he llorado nunca. A veces quiero hacerlo y no me atrevo, como si llorar fuera una vergüenza.

ROMERO:

¿Es tan necesario que lo hagas?

BRIGIDA:

Tenemos que hacerlo y pronto.

ROMERO:

¿Pronto? Pero, ¿qué dices?

BRIGIDA:

En esta casa, nadie ha derramado una lágrima. Somos como estatuas o piedras, soportando el viento y la tormenta sin quejarnos nunca. ¿Cree que es normal? Hemos conocido del abandono, de la infelicidad, sin lamentarnos nunca. El hombre tiene que llorar alguna vez. Nosotros tendremos que hacerlo, por que si nó...

ROMERO:

¿Qué temes?

BRIGIDA:

Si no lloramos a tiempo, Romero, será horrible lo que ocurra. Se habrá excedido nuestra capacidad humana de soportar. ¡Tengo miedo! ¡Mucho miedo! Y lo peor de todo es que no sé... No entiendo cuál es la mejor solución. No sé cuál camino seguir. He pretendido volver atrás, tomar una actitud distinta, razonar de otro modo... Pero todos los caminos posibles nos conducen a lo inevitable. No podemos olvidar.

ROMERO:

¿Lo han intentado?

BRIGIDA:

Quise convencer a mamá de que debíamos dejar esta casa y marcharnos a cualquier otra parte. No lo conseguí. ¿Comprende? Pensé que sería saludable hacerlo. Hemos vivido aquí toda la vida. A veces hay que cambiar. Es necesario. Cuando se ha respirado el mismo aire, y se conocen todos los rincones... Aún en el mismo pueblo, nos hastiamos de recorrer sus calles...

ROMERO:

¿Por qué no tratar de nuevo? Un cambio le vendrá bien. Esta casa debe estar llena de recuerdos para ella.

BRIGIDA:

Bien lo sabemos.

ROMERO:

Claro que sí. (*Pensativo*) Hubiera dado mi vida por conservar su unión. Los estimo a los dos, los quiero profundamente.

BRIGIDA:

Lo sé, Romero.

ROMERO:

Quizás si hubieran recurrido a mí antes de decidirlo... Sucedió tan de repente.

BRIGIDA:

La vida está llena de lo imprevisto.

ROMERO:

También está llena de incomprensión. Nos obliga a preguntarnos por qué ha ocurrido esto o aquello, por qué ha tenido que suceder así y no como nosotros hubiéramos querido. ¿Por qué se casó Magdalena con tu padre? ¿sólo para que culminara en todo esto? Ella pudo casarse con otro hombre que la hiciera realmente feliz.

BRIGIDA:

Tal vez, sí.

(Magdalena aparece en la escalera. Viste un traje que la hace lucir más joven, hermosa y atractiva. Su peinado es ahora distinto. Romero la mira algo extrañado. Brígida la interroga con un gesto)

MAGDALENA:

(Yendo hacia Romero, falsamente alegre)
¡Que agradable sorpresa he recibido!

ROMERO:

Luces muy bien, Magdalena.

MAGDALENA:

¿Verdad que sí? Brígida trataba de hacerme creer que estaba pálida y enferma. Quiso convencerme de ir al campo.

BRIGIDA:

Te has cambiado el peinado... y el traje...

MAGDALENA:

...un regalo de aniversario de bodas!

BRIGIDA (*desconcertada*):

¡Hace tiempo que no lo usabas!

MAGDALENA:

Pensé que era estúpido tenerlo en el armario tanto tiempo.

ROMERO:

Te aplaudo. Haces bien.

MAGDALENA:

Por supuesto. ¿Que tal tu madre?

ROMERO:

Muy feliz.

MAGDALENA:

Me alegro mucho. (*Observa a Romero de pie*) Oh, por favor, siéntate, Romero. Nada de formalidades. Entre viejos amigos no hay que usar formalidades.

ROMERO:

Me alegra encontrarte con ese espíritu, pues debo hablarte de algo importante.

MAGDALENA:

¿Qué ocurre?

ROMERO (*titubea*):

Es un asunto delicado. No sé si sabrás aceptarlo. Exigirá mucho de tí.

MAGDALENA (*palideciendo*):

¿De qué se trata?

BRIGIDA (*prudente*):

Querrán conversar a solas.

(*Se dispone a salir, pero Romero la detiene*)

ROMERO:

Prefiero que te quedes, Brígida.

BRIGIDA:

¿Si? (*Intrigada*) ¿Ocurre algo? (*Con sospechas, acercándose más a Romero*) ¿Qué sucede?

ROMERO:

Se trata de Arnaldo.

MAGDALENA:

Si has venido a hablarme de él...

ROMERO:

Espero que sepas escucharme.

MAGDALENA (*dominándose*):

¿Qué tienes que decir?

ROMERO:

Te necesita, Magdalena. Las necesita a las dos.

BRIGIDA:

¿Ahora? ¿al cabo de cinco años?

MAGDALENA:

¿Qué es lo que quiere? ¿qué le perdone? ¿ha comprendido al fin su error?

ROMERO:

No exactamente.

MAGDALENA:

¿Qué otra cosa puede pedirnos?

ROMERO:

Está muy enfermo. (*Las dos mujeres lo miran y guardan silencio, afectadas por la noticia*) Los médicos dicen que no hay posibilidad de salvarlo.

BRIGIDA:

¿El corazón?

ROMERO:

Sí. Otra vez el corazón.

BRIGIDA:

Entonces... ya no volverá nunca.

MAGDALENA:

¡Cállate!

BRIGIDA:

¡Es la verdad! Ya no hay temor de que vuelva. No tenemos que esperarle.

ROMERO:

No comprendo.

MAGDALENA:

¿No podrá salvarse? No debe morir. (*Angustiada*) Romero, tienen que salvarle. ¡Tienen que salvarle! ¡Sería absurdo que muriera así!

BRIGIDA:

¿Ves mamá? Ha sido inútil quedarte en tus habitaciones y cerrar tus puertas. El nunca hizo un intento por volver a tu lado y pedirte perdón. Ahora ya no lo hará nunca.

MAGDALENA:

¡Me temo que no! (*Se pasea mecánicamente*) ¿Y por qué has venido a decirnos estas cosas?

ROMERO:

Lo creí mi obligación. Pensé en lo mucho que le quise...

MAGDALENA:

¡Por favor!

ROMERO:

Pensé en tí, Brígida. Es tu padre.

BRIGIDA:

Dejé de mirarle como padre hace años.

ROMERO:

Ahora las necesita.

MAGDALENA:

¿Necesitarnos? ¿para qué? ¿no está su mujer con él?

ROMERO:

Sí, lo está, pero...he creído que le gustaría verlas a su lado.

MAGDALENA:

¡Es imposible! Es a él a quien corresponde venir junto a nosotras.

ROMERO:

Ya no puede hacerlo.

BRIGIDA:

¿Lo intentó alguna vez? Han pasado cinco años. Tuvo oportunidad suficiente de arrepentirse. Es muy conmovedor pedir perdón en el lecho de muerte.

ROMERO:

Pero no pueden dejarle morir así.

MAGDALENA:

Pierdes el tiempo, Romero. Cuando Arnaldo se fué de esta casa dejó de interesarnos su vida. Ahora no nos importa su muerte.

ROMERO:

Pero tú querías que viviera. ¡Tú quieres que viva!

MAGDALENA:

Si muere, no tendré la satisfacción de verle suplicante y arrepentido a mis pies. Yo no voy a su lecho a ofrecerle el perdón, quiero que él venga a suplicarlo.

ROMERO:

¿Quién te ha cambiado así, Magdalena?

MAGDALENA:

No he cambado.

ROMERO:

Yo he visitado su casa. Ha pretendido ser feliz, pero la sombra del recuerdo le acompaña. Hoy estuve junto a su cama. Me miró y sonrió. Sé lo que me decía su mirada. Quiere verlas.

MAGDALENA:

Pero, ¿lo dijo? ¿lo pidió?

ROMERO:

Es fácil adivinar la intención de una mirada.

MAGDALENA:

Pero, ¿lo dijo? ¿lo pidió?

ROMERO:

No. No dijo una palabra.

MAGDALENA:

¿Y qué haces aquí?

ROMERO:

He venido a buscarlas.

MAGDALENA:

¿Pretendes que iremos contigo? ¿es que eres su cómplice?

ROMERO:

Bien sabes que no, Magdalena.

MAGDALENA:

Ni siquiera expresa su arrepentimiento y te atreves a decirnos estas cosas. Se ha tragado sus palabras, lo consume el dolor y la ansiedad, y ni aún así te ha pedido que vengas a buscarnos. ¿Crees que iremos contigo? Has perdido tu tiempo.

BRIGIDA:

Nosotras no saldremos de aquí. Hemos sido bastante humilladas.

MAGDALENA:

Si quiere vernos, sabe dónde encontrarnos.

ROMERO:

¿Y si muere?

MAGDALENA:

Tuvo la oportunidad y la perdió. No se nos puede reprochar. (*Con vaguedad*) Siento que él mismo nos haya obligado a no acompañarle en sus últimos momentos.

BRIGIDA:

El sabía que tenía que resultar así. ¿Por qué ahora espera otra cosa? ¡El lo sabía! ¡Lo sabía! Debió pensarlo antes. Se fué sin importarle nada ni nadie. ¿Que nos impor-

ta él ahora? *(Se interrumpe como si le faltara el aire)*
Voy a mi habitación. *(Se encamina a la escalera. Se vuelve a Romero)* No puedo ir, Romero. No puedo ir. Lo siento. Lo siento mucho.

(Desaparece por la escalera).

ROMERO *(a Magdalena)*:

¿Y tú?

MAGDALENA:

Tampoco iré.

ROMERO:

Sólo queda despedirme.

(Romero extiende su mano. Magdalena la observa, pero en vez de corresponderle, mira a sus ojos. Su mente parece oscurecerse, pero al fin se repone y le habla, con marcada intención)

MAGDALENA:

No te vayas.

ROMERO *(en un último intento)*:

He venido casi a suplicarte.

MAGDALENA:

Es muy duro que todo haya tenido que acabar en esta forma. No pensé que la muerte nos sorprendería lejos el uno del otro. Creí siempre que moriría en mi casa, como debe morir. Ahora ya sé que no resultará así.

ROMERO:

Lamento haber fracasado en mi intento de convencerte.

MAGDALENA:

¡Es asunto concluído! *(Le toma las manos, con mirada suplicante y casi se refugia en sus brazos)* No te vayas,

por favor. Te necesito ahora. Necesito hablar con alguien. Hablemos como amigos, como los viejos amigos que somos. *(Se pasea con disimulada intranquilidad)* Esto no será motivo para que dejes de visitarnos, ¿verdad? ¿Volverás a visitarnos nuevamente?

ROMERO:

Siempre que te decidas a cambiar. Dicen que te has acostumbrado a la soledad.

MAGDALENA:

¿Me quedaba otra cosa? Una mujer de mi edad no puede pensar sino en estar sola siempre. *(Con intención)* Pero... la visita de un amigo compensaría, compensaría mucho... Sabes que me gusta estar contigo y hablar.

ROMERO:

Gracias, Magdalena.

MAGDALENA:

Hemos comenzado a envejecer. ¿Pensaste alguna vez, cuando nos reuníamos o salíamos juntos, que llegaríamos a vernos así?

ROMERO *(sonríe)*:

No. ¿Quién podía pensarlo? Ni siquiera llegué a creer que esta edad nos sorprendería siendo amigos y juntos.

MAGDALENA:

No podía ser de otra manera. El destino dispone por nosotros. *(Se acerca a él y lo mira fijamente a los ojos)* ¿Quieres una copa?

ROMERO *(confundido)*:

¿Cómo?

MAGDALENA:

Una copa. ¿Quieres beber algo?

ROMERO:

No, gracias.

MAGDALENA:

De todas maneras, no creo que haya buen vino en casa. *(Ríe mientras se separa de él)* ¡Qué tonta soy! ¡Se me ocurren unas cosas! *(Se sienta en el sofá)* Me he preguntado... ¿por qué no te casaste?

ROMERO:

¿Casarme?

MAGDALENA:

Si. Formar un hogar. Tener hijos. Muchas muchachas estaban interesadas en tí.

ROMERO:

No las creí dignas. La mujer que yo deseo para esposa debe reunir condiciones. Soy muy exigente.

MAGDALENA:

¿Cuáles condiciones? *(Atrevida)* ¿Las reuno yo?

ROMERO:

¡Magdalena!

MAGDALENA:

¿Por qué te sorprendes?

ROMERO:

¿Qué pretendes?

MAGDALENA:

Quiero saber si soy de las que pudieron hacerte compañía.

ROMERO:

¿Qué dices? Te he visto siempre como la mujer de un amigo.

MAGDALENA:

¿Y si no lo hubiera sido?

ROMERO:

Te he respetado.

MAGDALENA:

No quiero evasivas. Respóndeme. (*Romero palidece. Magdalena se pone nuevamente de pie y se acerca a él*)
¿Por qué no lo dices?

ROMERO (sereno):

Me marchó.

MAGDALENA:

No te vayas. ¿Por qué no te atreves a decirlo? Me amas, ¿verdad? Mírame. Me has amado siempre. ¿Por qué callas?

ROMERO:

Magdalena, te suplico...

MAGDALENA:

Quiero oírlo de tí. ¿Crees que soy tan tonta como para no haberlo comprendido? Me has amado siempre y has seguido a mi lado siempre. Por eso no te casaste, ¿verdad? Te has conformado con muy poco.

ROMERO:

¿Por qué lo haces?

MAGDALENA:

¡Mírame! ¡Dilo! Dí que me amas. Nada te obliga a callar ahora. Somos libres. ¡Dilo!

ROMERO:

¡Déjame en paz!

MAGDALENA:

¡Dilo!

ROMERO:

¡No! ¡No puedo!

MAGDALENA:

¿Qué te lo impide?

ROMERO:

El.

MAGDALENA:

¿Arnaldo?

ROMERO:

Es mi amigo. No puedo decir te amo a la mujer que fué suya, a la mujer que quiso, a la madre de su hija.

MAGDALENA:

¿Qué te importa él ahora? No lo pienses más. Soy yo quien te lo pide. Dí que me amas. Dilo ahora cuando nada te obliga a callar. Yo era tu amiga, ¿lo recuerdas? Si él no hubiera aparecido quizás yo habría sido tu mujer. El se interpuso en tu camino.

ROMERO:

No sigas, Magdalena.

MAGDALENA:

¿No sentiste celos de él? ¿no te perturbaba saber que durante las noches yo estaba en sus brazos? ¿no sentías rencor cuando me hablaba? ¡Si! ¡Claro que sí! Tú me amabas. El me arrancó de tí y llegaste a odiarlo.

ROMERO:

¡Mentira!

MAGDALENA:

Es verdad, Romero. Ya él no era tu amigo. Se convirtió en tu rival. Estuve leyéndolo en tus ojos, en tus miradas, en tus labios, que nunca se atrevieron a decir nada.



ROMERO:

No hubiera querido hablar jamás de estas cosas. Es faltarle.

MAGDALENA:

Ahora quiero que digas cuanto has callado siempre. Fuiste feliz cuando Arnaldo y yo resolvimos divorciarnos, ¿no?

ROMERO:

Pero, ¿qué dices?

MAGDALENA:

No lo ocultes. Quiero que lo confieses todo. ¿Por qué seguir callando? Dí que me amas. Te estoy brindando la ocasión que has esperado siempre. Te sentiste feliz cuando Arnaldo me abandonó porque ya me dejaba sola y tú no sentirías más celos y rencores. Ahora te complace saber que está muriendo, porque desaparecerá para siempre.

ROMERO:

No sabes lo que dices.

MAGDALENA:

Es la hora de tu venganza. ¡Véngate de él! Te ha hecho sufrir todos estos años. (*Abrazándole*) ¡Soy tuya! Te pertenezco. Abrázame fuerte.

ROMERO (*estrechándola*):

¡Magdalena! ¡Te amo! ¡Si! ¡Te he amado siempre!

MAGDALENA:

¡Dilo! ¡Dilo!

(Romero besa a Magdalena con pasión por su cuello y en sus labios. Luego, atormentado, se separa de ella)

ROMERO:

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho, Dios mío?

MAGDALENA:

No tienes que arrepentirte de nada. Es lo que has estado esperando todos estos años. Ahora soy tuya. Llévame contigo.

ROMERO:

¡No, no!

MAGDALENA:

¡Llévame a tu casa! ¡Hazme tu mujer! ¡Quiero ser tuya!

ROMERO:

Lo hemos traicionado, Magdalena. No debimos hacerlo.

MAGDALENA:

¿Qué te importa?

ROMERO:

Es mi amigo.

MAGDALENA:

No hay que pensar en él ahora. El sólo ha pensado en sí mismo. No le han importado los demás.

ROMERO:

Has perdido la razón. No eres tú quien hablas. Tú no eres así.

MAGDALENA:

¡Ahora hablamos con palabras de verdad! ¡Ahora decimos lo que verdaderamente sentimos! Ocultando tu amor sólo te has presentado falsamente. Es ahora cuando creo conocerte.

ROMERO:

¡Debí ser prudente y honrado! Siempre me pareció vergonzoso amarte sabiendo que traicionaba a una amistad. Por eso convencí a mi madre de que nos marchára-

mos un tiempo. No solo ella necesitaba viajar y olvidar. ¡También yo! Pero, ¿de qué ha servido? ¿Qué ha importado huir lejos de tí? (*Sin comprender*) ¿Por qué me has hecho violar la confianza de Arnaldo? ¿por qué razón has hecho inútil mi esfuerzo por conservarla pura?

MAGDALENA:

No tenemos que guardarle consideraciones. ¿Cuándo ha pensado él en nosotros? (*Abrazándole nuevamente*) Llévame contigo.

ROMERO:

Nunca. ¡No debí tocarte nunca! Me he dejado entorpecer por tus palabras. ¿Cómo pude creer en ellas?

MAGDALENA:

(*Separándose de él y casi gritándole*)

Has hecho bien. Por vez primera eres sincero contigo mismo. El no merece nuestra fidelidad. ¡El es indigno! ¡No merece mi amor ni tu amistad! ¿Por qué guardarle consideraciones? El no merece ningún sacrificio nuestro, ninguna abstención, ningún respeto.

ROMERO:

¡Debemos respetarnos a nosotros mismos, entonces! Yo no puedo violentar mi criterio moral, cometiendo una bajeza que me repugna.

MAGDALENA:

¿No me quieres a tu lado?

ROMERO:

¡No! No podría vivir nunca en paz con mi conciencia. ¡Es vergonzoso lo que hemos hecho! Debo pedirle perdón. Voy junto a él, antes de que sea tarde. Debo pedirle perdón. (*Se acerca a la puerta, pero antes de salir se vuelve a ella, casi inconsciente por sus remordimientos*) ¿Qué hemos hecho, Magdalena?

(Romero sale. Magdalena cierra la puerta tras él y se apoya en ella con una sonrisa de triunfo)

MAGDALENA:

¡Eso! ¡Ve y cuéntalo! ¡Cuéntalo todo! ¡Que se entere! ¡Que se entere!

(Permanece junto a la puerta, arrogante pero impersonal, luego una cierta inquietud se apodera de ella. Da la impresión de sentirse desamparada e insegura. Se pasea, afligida, llena de temor, nerviosa. Suena el teléfono. Magdalena se detiene sobrecogida de miedo y lo escucha sonar. Todo ocurre en un brevísimo instante)

MAGDALENA:

(Mirando el teléfono, ausente, con voz queda)

¿Quién? *(El teléfono vuelve a sonar, para Magdalena es como un martilleo insoportable en su mente atormentada. Ahora su voz suena angustiada y desesperada)* ¿Quién? *(Observa nuevamente el teléfono, se acerca a él, duda, pero luego se decide a contestar)* ¿Quién? *(Escucha con recelos)* ¿Quién es usted? ¿La manda él? ¿Cómo se ha atrevido a llamar a mi casa? ¿cómo se ha atrevido a hacerlo sin sentir vergüenza? No quiero hablarle. No quiero escucharla.

(Cuelga mientras Brígida aparece en la escalera, con la mirada llena de preocupación, como si se hubiera levantado de su cama movida por un terrible presentimiento)

BRIGIDA:

¿Quién ha llamado?

MAGDALENA:

Ella.

BRIGIDA:

¿Ella? (*Comprendiendo ahora*) ¿Qué quería?

MAGDALENA:

No quise oírla.

BRIGIDA:

¿Cómo se ha atrevido a llamar? (*Mira a su madre, con sospechas*) ¿Qué es lo que quería?

MAGDALENA (*nerviosa*):

¡No sé! ¡No me importa! ¡No sé!

(*El teléfono vuelve a sonar. Brígida va a tomarlo ansiosa, pero su madre la interrumpe*)

MAGDALENA:

No contestes, Brígida. Déjalo sonar. No contestes.

BRIGIDA (*toma el teléfono y contesta*):

¿Si? ¿Qué es lo que quiere? (*Escucha en silencio*)
¿Cómo?

(*Su rostro palidece. Luego enmudece, cubre el teléfono con su mano, llevándolo a su pecho instintivamente*)

MAGDALENA:

El la mandó a llamarnos, ¿no? Nos necesita a su lado, ¿no? Al fin comprende que estaba equivocado, que nosotras somos su verdadera familia. Ella nunca fué su esposa para él. ¡Yo lo fuí! ¡Yo lo fuí! Ahora quiere que vayamos junto a él. Está arrepentido de lo que hizo. Quiere pedirnos perdón. ¡Lo esperaba! ¡Lo esperaba! (*Acercándose a su hija*) Ahora, Brígida, dile... (*La duda hace presa de ella, no sabe qué decidir. Al fin se yergue altiva*) Dile... ¡que no iré! Ni tú ni yo iremos. ¡Que no hay perdón para él!

BRIGIDA:

(Estalla en un grito de dolor, mientras deja caer el teléfono)

¡No, no! *(A Magdalena, fijamente, temblándole los labios)* ¡El ha muerto!

MAGDALENA *(sin comprender)*:

¿Qué dices?

BRIGIDA:

¡Ha muerto!

MAGDALENA:

(Se pasea, atolondrada, en busca de aliento)
Pero... él la mandó... a llamarnos, ¿no?

BRIGIDA:

¡No!

MAGDALENA:

Pero nos llamó en su última hora. El pronunció mi nombre. *(Brígida niega con un ligero movimiento de cabeza)* El te llamó a tí. *(Brígida calla)* Tiene que habernos llamado. No pudo morir así.

BRIGIDA:

Murió sin decir palabras. Nunca mencionó nuestros nombres.

MAGDALENA:

Esa mujer miente, Brígida. ¡Miente! Tu padre no ha muerto. No es verdad. *(Mira a su alrededor y va hacia la puerta)* ¡Romero!... ¡Todo ha sido inútil!... *(Se vuelve a Brígida)* Qué es lo que quería, entonces? ¿Por qué ha llamado? ¿Sólo para decirnos que él nunca pensó en nosotras?

BRIGIDA:

Le hemos estado esperando todos los días...

MAGDALENA (*insistente*):

¿Para qué llamó? ¿para reírse de nosotras?

BRIGIDA:

Estaba asustada. Muy asustada. No sabía qué hacer. Nos ruega... que vayamos junto a él.

MAGDALENA:

¿Ahora que está muerto? ¿qué nos importa él ahora?

BRIGIDA (*en un murmullo*):

Está solo. Muy solo.

MAGDALENA:

Ella está con él.

BRIGIDA:

No. Le ha dejado solo. Estaba a su lado. De pronto, él miró al cielo y dejó de respirar. Ella tuvo miedo. Nunca antes había visto la muerte tan de cerca. Sintió miedo a su lado y escapó de la casa. ¿Comprendes, mamá? Le ha dejado allí, solo. Tuvo miedo a su cuerpo, a su mirada. ¿Comprendes? Está solo.

MAGDALENA (*con rabia*):

¡Cobarde!

BRIGIDA (*sugerente*):

Dice que... alguien tiene que cuidarle...

MAGDALENA (*haciendo un esfuerzo*):

¿Y cree que seremos nosotras?

BRIGIDA:

Soy su hija. (*Con intención*) Tú le quisiste.

MAGDALENA:

Se ha equivocado, Brígida. No debió llamarnos.

BRIGIDA:

¿Le vamos a dejar solo allí?

MAGDALENA:

El lo quiso así.

(La noche comienza a caer. La luz de la escena disminuye. Las dos mujeres quedan estáticas. Luego, Magdalena se siente desfallecer, busca apoyo en algo, pero no llega a sentarse. Brígida, en silencio, se acerca a la imagen de la Virgen, y como en la primera escena, toma una cerilla y enciende una luz)

MAGDALENA *(al advertir su acción)*:

¿Que haces? *(Se acerca a Brígida)* ¿Qué haces?

BRIGIDA:

Encender una luz...por su alma.

MAGDALENA *(apagando con un soplo la llama)*:

No. No se rezará por su alma.

BRIGIDA:

Era mi padre.

MAGDALENA:

Ya no.

BRIGIDA:

¡Sí, sí! ¡Era mi padre!

MAGDALENA:

Dejó de serlo, Brígida. Ahora está muerto. Nada le librá del infierno. Fué un gran pecador.

BRIGIDA *(suplicante, pero sin llorar)*:

Recemos por él, mamá. Recemos por él.

MAGDALENA:

¡He dicho que no!

BRIGIDA:

Tú le amabas. No puedes haberle odiado tanto. (*Magdalena se sienta, erguida, y Brígida se arrodilla junto a ella*) ¡Recemos! ¡Recemos por él!

MAGDALENA (*impersonal, ausente su mirada*):

Todo ha terminado. El está muerto. Se ha ido para siempre. (*Mira a Brígida*). Tú eres cuanto queda de él. Eres cuanto sobrevive a él. (*Acaricia el pelo de Brígida*) Nunca quiso volver. Se fué para siempre. (*Toma el rostro de Brígida entre sus manos y la mira fijamente*) Eres cuanto queda de él. (*Le grita, herida, llena de dolor*) ¡Te odio! ¡Te odio! ¡No quiero verte!

BRIGIDA (*aterrada*):

¡Mamá!

MAGDALENA:

¡No quiero oír su nombre otra vez! ¡Ni recordarle!
¡No quiero nada que fuera de él! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

BRIGIDA (*angustiada*):

¡Mamá! (*Afligida*) ¿Que ha sucedido, mamá? ¿no me reconoces? (*Estupefacta, llena de pavor*) ¡He estado alimentando a una fiera! (*Casi llora, pero se domina y reprocha*) Sacrifiqué todo por tí. ¿Es que merezco tu desprecio? Soy tu hija. Soy tuya también. Resolví ser sólo tuya. ¿Es que merezco tu odio? ¿qué culpa tengo? ¿qué culpa? (*Va hacia la puerta y se reclina en ella, temblorosa, fría*) ¡Me voy de tu lado! ¡No me verás nunca más! ¡Para siempre! ¡Nunca más!

(*Brígida escapa fuera de la casa. Magdalena, que la ha escuchado atontada, lleva las manos a su frente como si quisiera apartar de su mente una horrible pesadilla. Retardada, llama a su hija*)

MAGDALENA:

Brígida, ¿adónde vas? (*Comprende que se ha marchado*) ¿Qué he hecho? (*Va hacia la escalera, inconsciente, loca*) ¿Que he hecho? (*Sube de prisa, como si pretendiera escapar de sí misma*) ¿Qué he hecho?

(*Desaparece por la escalera. Silencio. Se escucha un disparo. Breve silencio. Catalina aparece por la puerta de la izquierda, asustada, y va junto a la escalera*)

CATALINA (*mirando angustiada hacia lo alto*):

¿Quién?

(**Y ASI QUEDA MIENTRAS CAE EL TELON LENTAMENTE**)

**Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de imprenta de la Editora
A R T E Y C I N E
Isabel La Católica 42, Ciudad Trujillo,
República Dominicana, el día 10
de noviembre del año 1959.**



